

América SOCIALISTA

en defensa del **MARXISMO**

Número 41

Contiene:

Cómo la revolución de 1905 influyó el marxismo

Descubriendo la historia del trotskismo chino

«El hombre que amaba los perros» – revisitando un clásico moderno

Y mucho más



**LA REVOLUCIÓN
PERMANENTE**

América SOCIALISTA

en defensa del MARXISMO

Revista teórica de la
Internacional Comunista Revolucionaria

Número 41 Noviembre 2025 © In Defence of Marxism marxist.com

Página 3

¿Qué es el trotskismo?

Redacción de 'En defensa del marxismo'

Página 7

Trotsky, 1905 y la revolución permanente

Joe Attard

Página 18

¿Qué es la revolución
permanente? Tesis fundamentales

Leon Trotsky

Página 21

La historia del trotskismo chino

Kenny Wallace

Página 34

China 1949: El programa agrario
estalinista se gana a los campesinos

Ted Grant

Página 36

Reseña: *El hombre que amaba a los perros*

Alan Woods



americasocialista.org

contacto@marxist.com

Ventas y suscripciones en:

Argentina Bolivia Brasil Canadá Chile Colombia
El Salvador Estado español Estados Unidos Guatemala
México Perú Puerto Rico Venezuela

Editores: Alan Woods (editor en jefe), Rob Sewell, Hamid Alizadeh, Francesco Merli,
Daniel Morley, Ben Curry, Josh Holroyd, James Kilby, Jorge Martín (edición en español)

Diseño: Jesse Murray-Dean

Contacto: In Defence of Marxism Ltd, 49 Station Road, Polegate, East
Sussex, UK, BN26 6EA | editor@marxist.com

Todas las imágenes sin créditos son de uso público

Colección David King, adquirida por Tate Archive de David King en 2016

Portada: Del cartel para la película de Eisenstein *El acorazado Potemkin* (1925)

Interior: Dibujo de Trotsky de 1922, posiblemente por Yuri Annenkov



¿QUÉ ES EL TROTSKISMO?

Redacción de *En defensa del marxismo*

La teoría de la revolución permanente, junto con la teoría del imperialismo de Lenin, es una de las contribuciones más importantes al marxismo desde la muerte de Marx y Engels. Por ello, en este número de *En defensa del marxismo* nos enorgullece publicar una serie

de artículos que exploran este concepto en profundidad.

Utilizado por primera vez por Marx en 1850, el término «revolución permanente» se ha convertido en sinónimo del nombre de León Trotski, quien desarrolló sus ideas a raíz de la Revolución de 1905 en Rusia.

Por lo tanto, cualquier discusión sobre la revolución permanente plantea inevitablemente la cuestión del llamado «trotskismo». Pero, ¿qué significa el trotskismo, si es que tiene algún significado? ¿Y qué relevancia tiene hoy, 85 años después del asesinato de Trotski?

LA VERDAD ES CONCRETA

El trotskismo se presenta a menudo simplemente como antiestalinismo. Pero esto podría describir una variedad de tendencias, la mayoría de las cuales no tienen nada que ver con las ideas de Trotski.

El verdadero contenido del trotskismo no reside en lo que se opone, sino en lo que propone. Por lo tanto, cualquier consideración sobre el trotskismo debe partir de los principios esenciales que definieron la vida de Trotski como revolucionario.

El primero y más fundamental de estos principios es el enfoque de Trotski sobre el método filosófico del marxismo: la dialéctica. Como escribió en 1939:

«El entrenamiento dialéctico de la mente (tan necesario para un luchador revolucionario como los ejercicios con los dedos para un pianista) exige que todos los problemas sean tratados como procesos, y no como categorías inmóviles.»¹

En política, como en la vida, estamos acostumbrados a escuchar y utilizar ciertas ideas, como «democracia», «dictadura», «capitalismo», «socialismo», etc. Además, la teoría marxista ha desarrollado su propio vocabulario científico para transmitir conceptos más específicos, como «revolución burguesa», «estado obrero», «bonapartismo» y otros.

Todas estas categorías se extraen de la realidad y ofrecen herramientas valiosas para comprender la sociedad a medida que se desarrolla. Sin embargo, debido al hecho de que extraen un aspecto

particular de los fenómenos, cada una de estas categorías tiene necesariamente una cierta cualidad abstracta, especialmente cuando se compara con la realidad viva, que es inconmensurablemente multifacética y compleja.

Por ejemplo, la mayoría de la gente estaría familiarizada con la categoría «capitalismo» y con el hecho de que casi todas las economías del mundo actual podrían clasificarse como capitalistas. Además, la mayoría de la gente estaría de acuerdo en que, por ser capitalistas, todos esos Estados tienen ciertas características comunes y están sujetos a leyes o tendencias comunes.

Pero, ¿podemos concluir de ello que todas las economías capitalistas son idénticas, que todas se desarrollan exactamente de la misma manera y al mismo ritmo? Y si una sociedad no encaja en el panorama general esbozado por nuestra concepción teórica del capitalismo, ¿significa eso que no puede ser capitalista en absoluto?

Razonar de esta manera sería caer en la trampa del *formalismo*, que consiste en partir de categorías y definiciones generales, deducir conclusiones particulares a partir de ellas y luego tratar de imponerlas a los hechos observados. Este enfoque es muy común en la política y a menudo conduce a graves errores.

En realidad, a diferencia de nuestras ideas y categorías, nada es estático ni aislado. Todas las cosas están interconectadas y en un proceso constante de surgimiento y desaparición, y de transformación en su contrario: de materia muerta a materia viva; de estabilidad y progreso a crisis y declive... y viceversa.

La lógica dialéctica es la herramienta más poderosa desarrollada por los seres humanos para captar esta realidad en el pensamiento, enriqueciendo nuestros conceptos y categorías con la flexibilidad y la concreción que requieren para servir de guía a la acción. Como dijo Trotski:

«La relación entre el pensamiento dialéctico y el pensamiento común es semejante a la de una película con una fotografía. La película no invalida la fotografía inmóvil, sino que combina una serie de ellas de acuerdo a las leyes del movimiento».²

Y en todos los escritos y discursos de Trotski se puede detectar una polémica constante contra todo tipo de formalismo, esquematismo y repetición irreflexiva de frases.

ANÁLISIS DIALÉCTICO

En 1906, casi 20 años antes de los debates con Stalin, Trotski libró una lucha teórica contra el ala menchevique de los





socialdemócratas rusos, que habían convertido los conceptos del marxismo en una fórmula rancia de «etapas».

Los mencheviques partían del principio, aceptado por todos los marxistas de la época, de que Rusia se enfrentaba a una «revolución burguesa». Sin embargo, a partir de esta categoría escueta, argumentaban que la burguesía debía establecer primero una democracia capitalista, similar a la de los países occidentales. Solo después de un período indeterminado de desarrollo capitalista, Rusia estaría lista para la revolución socialista.

Como Trotsky argumentó, esto era completamente ajeno al método real de Marx y Engels. Lo que se necesitaba en cambio era un análisis concreto de las fuerzas e intereses reales de las diversas clases que vivían en Rusia en ese momento. El resultado de su análisis dialéctico fue la teoría de la revolución permanente.

Trotsky explicó que la burguesía rusa real no tenía ningún interés en derrocar el zarismo y el latifundismo. Por lo tanto, la revolución democrático-burguesa solo podría completarse si la clase obrera tomaba el poder al frente de una alianza con el campesinado. Pero la clase obrera claramente no se limitaría a establecer una república burguesa. La revolución burguesa «crecería» así hasta convertirse en la revolución socialista.

La teoría de Trotsky quedó completamente confirmada por la experiencia de la

Revolución Rusa y la toma del poder por los soviets en octubre de 1917. Y la lógica de la revolución permanente se puede ver en las revoluciones de todo el mundo desde entonces: desde Vietnam hasta Venezuela, desde Siria hasta Sudán, y más allá.

EN DEFENSA DEL MARXISMO

Trotsky libró la misma lucha contra los autoproclamados herederos del legado de Lenin, como Stalin y Bujarin, que combinaban una adaptación miope a los «hechos consumados» del momento con un enfoque extremadamente formalista y escolástico de la teoría marxista.

«El que se mueve en el terreno de la teoría en base a categorías abstractas está condenado a capitular ciegamente ante los acontecimientos», advirtió Trotsky.³

Así, tras el fin de la ola revolucionaria que siguió a la Primera Guerra Mundial, Stalin anunció la nueva teoría del «socialismo en un solo país» en otoño de 1924. Según esta teoría, la URSS podía construir el nuevo orden socialista íntegramente dentro de sus propias fronteras, sin necesidad de que la clase obrera tomara el poder en los países capitalistas avanzados.

Trotsky, que se opuso a esta revisión de uno de los principios básicos del marxismo, fue acusado de «pesimismo» y de creer que la revolución estaba «condenada al fracaso». ¿Por qué? Porque, según Stalin, si el socialismo no podía construirse en Rusia entonces, «no se debió

tomar el Poder en octubre de 1917» [énfasis en el original]⁴.

En esto, Stalin y sus colaboradores repitieron exactamente el mismo argumento de los mencheviques. Pero mientras que los mencheviques utilizaban este razonamiento formalista para concluir que los trabajadores no debían haber tomado el poder, los estalinistas simplemente le dieron la vuelta a su lógica: dado que los trabajadores habían tomado el poder, por lo tanto debían ser capaces de construir el socialismo.

Este método menchevique dio lugar, naturalmente, a una política menchevique. En consecuencia, se ordenó a los comunistas chinos que se sometieran a la disciplina de un partido nacionalista burgués, el Kuomintang, con el argumento de que China se enfrentaba a una «revolución nacional-burguesa».

Este enfoque conduciría a una serie de derrotas y crisis, tanto en el país como en el extranjero. Pero incluso cuando el gobierno soviético cambió bruscamente de rumbo en 1928, su formalismo se mantuvo constante.

La prueba más llamativa de ello se puede ver en la infame teoría del «socialfascismo»: tanto los fascistas como los socialdemócratas apoyan el capitalismo; por lo tanto, la socialdemocracia es simplemente el «ala moderada» del fascismo. No solo eso, sino que se declaró «el principal pilar de la dictadura del capital».⁵



Dirigentes soviéticos, con Lenin y Trotski juntos al centro, celebrando el segundo aniversario de la Revolución de octubre en la Plaza Roja de Moscú, 2 de noviembre de 1919

nunca verdaderamente las ideas y los métodos del marxismo.

Bajo la enorme presión de la opinión pública burguesa, una capa de trotskistas en Occidente se opuso a la defensa incondicional de la URSS por parte de Trotski en la Segunda Guerra Mundial. Argumentaban que ya no se podía considerar a la Unión Soviética un estado obrero, transitorio entre el capitalismo y el socialismo, debido a la dictadura despiadada y las políticas reaccionarias de la burocracia estalinista.

Es significativo que algunos de los escritos más ricos del último año de vida de Trotski se dedicaran, no solo a una refutación política de este abandono esencialmente pequeño burgués del marxismo, sino a una defensa militante de la base filosófica del marxismo mismo. En el curso del debate sobre el carácter de la URSS, Trotski dio una clase magistral de dialéctica:

«Los fenómenos sociológicos serían mucho más simples si los fenómenos sociales tuviesen siempre contornos precisos. Pero nada es más peligroso que eliminar, para alcanzar la precisión lógica, los elementos que desde ahora contrarían nuestros esquemas y que mañana pueden refutarlos. [...] El fin científico y político que perseguimos no es dar una definición acabada de un proceso inacabado, sino observar todas las fases del fenómeno y desprender de ellas las tendencias progresistas y, las reaccionarias, revelar su interacción, prever las diversas variantes del desarrollo ulterior y encontrar en esta previsión un punto de apoyo para la acción».⁶

Este método proporcionaría a Trotski una guía infalible a lo largo de toda su vida como revolucionario marxista.

PRINCIPIOS DEL BOLCHEVISMO

Como consecuencia directa de su método marxista, otra constante en todos los escritos y la actividad política de Trotski es el fortalecimiento de la independencia, la conciencia de clase y el internacionalismo del proletariado.

¿Cuál es, después de todo, la conclusión política práctica de la revolución permanente? Que, teniendo en cuenta las circunstancias objetivas únicas presentes en cada país, los comunistas deben esforzarse por mantener la independencia política

del proletariado y elevar su conciencia y organización hasta la conquista directa del poder al frente de todos los oprimidos.

Esto es también lo que Marx quería decir con el uso del término. Y fueron estas «ilusiones revolucionarias»⁷ que fueron atacadas bajo el nombre de «trotskismo», cuando el término fue acuñado por primera vez por el liberal ruso Pavel Miliukov en 1907.

Este fue también el contenido político básico de la lucha de Trotski para defender las tradiciones del bolchevismo tras la muerte de Lenin.

No es casualidad que el término «trotskismo» entrara en circulación masiva tras la muerte de Lenin en 1924. En aquel momento, la burocracia emergente de la Unión Soviética se estaba alejando de la revolución mundial y acercándose a un acuerdo con las capas más ricas del campesinado nacional y el capitalismo extranjero.

En contra de esto, Trotski luchó por el fortalecimiento económico de la clase obrera en la URSS; el fortalecimiento político de la posición de los obreros en los soviets y dentro del propio Partido Comunista; y el objetivo estratégico de extender la revolución a nivel internacional. Esto no era más que la defensa del programa fundamental del Partido Bolchevique en 1917 y los principios fundacionales de la Unión Soviética.

En este contexto, la «troika» formada por Stalin, Zinóviev y Kámenev se aferró con entusiasmo al término «trotskismo» para crear artificialmente una línea divisoria entre las ideas de Trotski y las de Lenin. De repente, a finales de 1924, apareció una avalancha de artículos en la prensa soviética, todos ellos defendiendo el «leninismo» frente al «trotskismo».

En realidad, no existía tal división entre Trotski y Lenin. Lenin incluso había dicho que, después de que Trotski rechazó la conciliación con los mencheviques, «no ha habido mejor bolchevique que él».⁸

A Trotski nunca le gustó el término «trotskismo». No en vano, Trotski describió la campaña contra el «trotskismo» como «la campaña contra la herencia de Lenin».⁹ Por esta razón, Trotski y sus seguidores no se referían a sí mismos como trotskistas, sino como «bolcheviques-leninistas» para enfatizar esta conexión.

DERRIBAR TODOS LOS OBSTÁCULOS

Es importante destacar que no se trataba solo de una lucha intelectual. Los principios teóricos y políticos de Trotski estaban unidos por una indomable determinación revolucionaria, que en sí misma constituye una característica esencial del marxismo. Como señaló el propio Trotski:

«Hay revolucionarios sabios y otros ignorantes, los hay inteligentes y los hay mediocres. Pero no es

El resultado práctico de esta supuesta «teoría» fue la división y la parálisis de la clase obrera, lo que condujo a la victoria de Hitler.

Una vez más, la Internacional Comunista se vio obligada a cambiar de rumbo. Pero cada cambio radical de política traía consigo una nueva revisión del marxismo, acompañada de una nueva serie de «citas» de Lenin, sacadas de contexto y manipuladas para demostrar que la dirección había tenido razón «en general», tanto antes como después del cambio.

Esta «reeducación» de las bases se llevó a cabo mediante calumnias, expulsiones e incluso asesinatos. El efecto de todo ello no solo fue erradicar todo pensamiento marxista de las filas de la Internacional Comunista, sino todo pensamiento de cualquier tipo, más allá de la adhesión servil a la «línea del partido».

La oposición de Trotski a estas ideas no surgió simplemente de desacuerdos sobre la política del gobierno soviético, y mucho menos de ningún tipo de luchas de poder e intrigas personales; fue una lucha para defender la esencia viva del marxismo mismo.

Pero la lucha de Trotski no se limitó a la defensa del marxismo contra los estalinistas. Más tarde libraría una lucha similar contra aquellos que se habían unido a la bandera de la Oposición de Izquierda Internacional desde su propio antiestalinismo, sin haber asimilado

revolucionario el que no está dispuesto a destruir obstáculos.»¹⁰

Los comunistas suelen repetir la profunda afirmación de Lenin de que «la doctrina de Marx es todopoderosa porque es exacta».¹¹ Pero también es necesario sacar las conclusiones prácticas necesarias. El marxismo exige que no solo busquemos la verdad y digamos la verdad, sino que hagamos lo que la verdad requiere, sin importar la resistencia y las dificultades que encontremos. De eso están hechos los revolucionarios.

Trotsky pasó toda su vida perseguido y obligado al exilio, primero por las autoridades zaristas y más tarde por los estalinistas. Tras serle denegada la entrada por las «democracias» ilustradas, Trotsky se vio obligado a irse al otro lado del mundo. Su familia fue perseguida y asesinada, y él vivió bajo la amenaza constante de ser asesinado.

Por muy abrumadora que fuera la presión, nunca cedió.

Se puede ver la misma determinación en la vida de Marx y de muchos otros revolucionarios a lo largo de la historia; se puede ver en la valiente lucha de los militantes de la Oposición de Izquierda dentro de la URSS, que cantaban la Internacional mientras eran llevados ante el pelotón de fusilamiento durante las grandes purgas; y en los miles de bolcheviques-leninistas de todo el mundo, que dedicaron sus vidas a construir las fuerzas del marxismo genuino, a menudo bajo la amenaza de una severa represión.

CONTRA EL SECTARISMO

Sin embargo, la implacable defensa de Trotsky de los principios fundamentales del bolchevismo nunca degeneró en sectarismo. Siempre mostró una profunda comprensión de la necesidad de conectar el programa de la revolución socialista con la lucha real y viva de las masas.

Trotsky vinculó explícitamente la lucha contra el sectarismo en la acción con la lucha contra el formalismo en la teoría:

«El sectario es la negación directa del materialismo dialéctico, que siempre toma la experiencia como punto de partida para luego volver a ella».¹²

Se esforzó por transmitir el método correcto a la Cuarta Internacional, incluyendo una descripción condenatoria del sectarismo en su programa fundacional:

«Estos profetas estériles no ven la necesidad de tender el puente de las reivindicaciones transitorias, porque tampoco tienen el propósito de llegar a la otra orilla. Como mula de noria, repiten, constantemente las mismas abstracciones vacías. Los acontecimientos políticos no son para ello la ocasión de lanzarse a la acción, sino de hacer comentarios. Los sectarios del mismo modo que los gafes y los milagrosos,

al ser constantemente desmentidos por la realidad, viven en un estado de continua irritación, se lamentan incesantemente del “régimen” y de los “métodos” y se dedican a mezquinas intrigas. Dentro de su propio círculo, estos señores comúnmente ejercen un régimen despótico».¹³

Continuó con una seria advertencia:

«El que no busca ni encuentra el camino del movimiento de masas no es combatiente sino un peso muerto para el partido. Un programa no se crea para las redacciones, las salas de lectura o los centros de discusión, sino para la acción revolucionaria de millones de hombres. La premisa necesaria de los éxitos revolucionarios es la depuración de la IV Internacional del sectarismo y de los sectarios incorregibles».¹⁴

Trágicamente, a Trotsky no se le permitió completar esta, su última lucha. Un agente estalinista privó al movimiento de la Cuarta Internacional de su destacado líder con un cobarde golpe en la nuca el 20 de agosto de 1940.

Los dirigentes que heredaron la Internacional emergieron del caos y la carnicería de la guerra en un mundo que había cambiado drásticamente. Sin la firme orientación teórica del «Viejo», ninguno de ellos demostró ser capaz de cruzar el umbral entre el período anterior y la nueva situación que se abría, ni en el pensamiento ni en la acción.

Como había advertido Trotsky, el resultado fue la degeneración de la Cuarta Internacional en una miríada de sectas irrelevantes y enfrentadas entre sí. Esto nos lleva a decir algo sobre lo que el trotskismo *no* es.

Ninguna de las organizaciones que hoy en día reivindican el nombre de la Cuarta Internacional tiene nada que ver con las ideas y métodos reales de Trotsky. Más bien, son, en el mejor de los casos, una caricatura perniciosa, cuya única

contribución al movimiento ha sido desacreditar el nombre del trotskismo entre amplios sectores de la clase obrera.

EL LEGADO DE TROTSKY

La Cuarta Internacional fue destruida, pero la esencia del trotskismo sigue viva. Sobrevive en la continuación de las ideas genuinas del marxismo y las tradiciones del Partido bolchevique bajo Lenin, que siguen siendo tan relevantes y necesarias hoy como cuando se fundó la Cuarta Internacional en 1938.

En el momento, Trotsky escribió: «La situación política mundial del momento, se caracteriza, ante todo, por la crisis histórica de la dirección del proletariado».¹⁵ Estas palabras son tan ciertas hoy como cuando fueron escritas.

El movimiento comunista internacional se encuentra en un estado de completa confusión y desorganización. Muchos partidos autoproclamados «marxistas» han degenerado en partidos reformistas, sectas insignificantes o han desaparecido por completo de la escena. Mientras tanto, millones de personas en todo el mundo buscan respuestas, y no solo eso, sino que buscan un movimiento, una bandera bajo la que reunirse.

El mayor logro de Trotsky es que mantuvo la bandera limpia del marxismo y la enarboló en medio de todo el horror y la apostasía a los que se enfrentó. Tomemos esa bandera y utilicémosla para construir un partido mundial de revolución social, capaz de llevar a la clase obrera, por fin, a la victoria. ■

Referencias en línea
americasocialista.org/amsoc41
o escanea el código QR



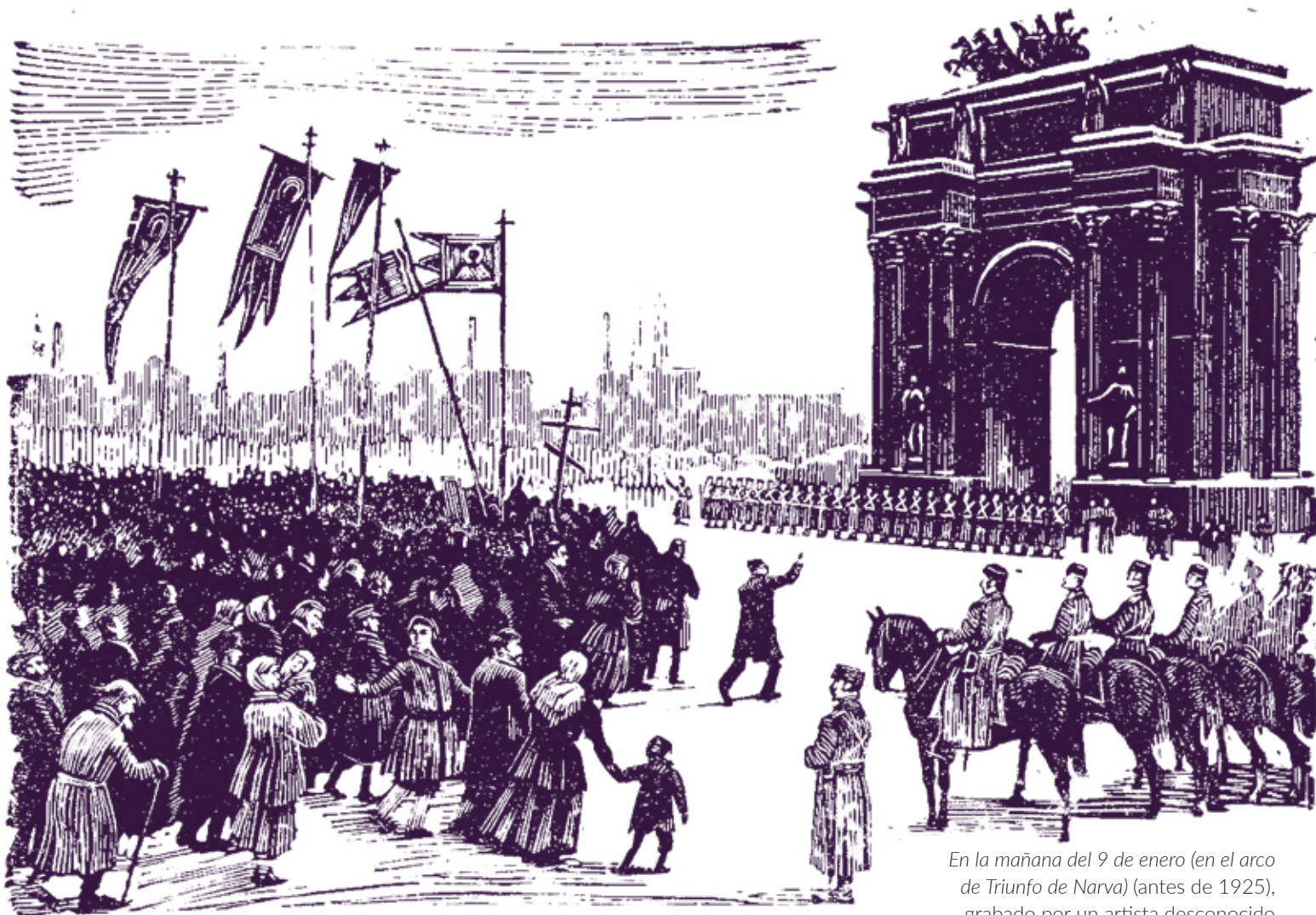
americasocialista.org/contactenos

¡ÚNETE A LA ICR!

INTERNACIONAL COMUNISTA REVOLUCIONARIA



TROTSKI, 1905 Y LA REVOLUCIÓN PERMANENTE



En la mañana del 9 de enero (en el arco de Triunfo de Narva) (antes de 1925), grabado por un artista desconocido

La teoría de la «revolución permanente», desarrollada por León Trotski en el siglo XX, sigue siendo una de las ideas más importantes y menos comprendidas de todo el marxismo. En este artículo, **Joe Attard** profundiza en los orígenes de las ideas de Trotski y en cómo estas se vieron influidas por los acontecimientos de la Revolución de 1905 en Rusia.

La Revolución Rusa de 1905 estalló como una bomba, acabando con todo escepticismo sobre el potencial de lucha de las masas rusas que trabajaban bajo el yugo del absolutismo zarista. Aunque los trabajadores acabaron siendo aplastados tras un año de lucha abierta contra el zarismo, sentaron las bases para batallas aún más importantes en el futuro.

León Trotski fue prácticamente el único que comprendió el verdadero significado de 1905, lo que cristalizó las ideas que ya había estado desarrollando en su mayor contribución teórica: la revolución permanente.

Existe una relación dialéctica entre los individuos, las ideas y los acontecimientos. Lev Davidovich Bronstein (el nombre

de nacimiento de «León Trotski») se incorporó a la actividad revolucionaria cuando era adolescente. Pero sólo después de la Revolución de 1905, en la que dirigió personalmente el Soviet de San Petersburgo, surgió el «Trotski» maduro.

1905 fue también el año en que la joven clase obrera rusa entró de forma decisiva en la escena histórica. En cierto sentido, Trotski y el proletariado ruso dieron su primer gran salto al unísono. Doce años más tarde, el proceso puesto en marcha por el «ensayo general» de la revolución volvería a un nivel superior. Como escribió Trotski más tarde:

«Y si ésta [la clase obrera] se mostró en 1905 demasiado débil para conquistar el lugar que le correspondía, ha podido afirmarse y madurar [...] El

proletariado alcanzó el poder en 1917 gracias a la experiencia adquirida por sus mayores en 1905. Los jóvenes obreros necesitan poseer esta experiencia, necesitan conocer la historia de 1905.»¹

LEV BRONSTEIN

La teoría de la revolución permanente no surgió simplemente de la mente de Trotski en 1905, sino que se basó en sus experiencias vitales y en las condiciones objetivas que le rodeaban.

Lev Bronstein nació en 1879 en el seno de una familia de agricultores judíos acomodados en el pueblo ucraniano de Yanovka (entonces parte del Imperio ruso), hoy Bereslavka. El campo ruso era un entorno brutal, en el que los Bronstein ocupaban una «capa media». Lev fue testigo de la

dura realidad de la vida rural, lo que le llevó a simpatizar con las masas campesinas oprimidas. Al mismo tiempo, adquirió una visión objetiva y poco romántica del campesinado. También se educó en la ciudad de Odessa, siguiendo los principios modernos europeos, lo que puso de relieve el terrible atraso de Yanovka y amplió sus miras hacia un mundo más amplio.

Lev tenía pocas opiniones políticas como estudiante secundario, aparte de una vaga antipatía hacia el zarismo. En parte, esto se debía a la falta de referencias políticas, ya que la década de 1880 fue un periodo de reacción. Sin embargo, la autocracia se había convertido en un enorme obstáculo para el desarrollo de la sociedad. Sus días estaban contados.

La producción agrícola apenas se había desarrollado desde la Edad Media y se vio sumida en una profunda crisis por la presión del mercado mundial, en el que no podía competir. Los campesinos habían sido formalmente liberados de la servidumbre en 1861, pero seguían siendo saqueados por sus terratenientes. Los levantamientos en el campo aumentaron en número e intensidad a medida que avanzaba el siglo XIX. El efecto de la competencia y la inversión de economías más avanzadas impulsó una rápida industrialización, con una migración masiva del campo a las ciudades que forjó un proletariado urbano considerable.

En la década de 1890, todos estos acontecimientos, combinados con las malas cosechas y la hambruna, provocaron un aumento de la temperatura social. «El año 1891, —escribió más tarde Trotski— ha quedado oficialmente en la historia como el año en que se inicia el viraje político».²

Además de los disturbios en el campo y las demandas de reforma democrática por parte de la intelectualidad liberal, la joven clase obrera rusa comenzó a darse a conocer con una ola de huelgas que se inició a mediados de la década.

Con la muerte de Alejandro III en 1894, las esperanzas depositadas por los liberales en el nuevo zar Nicolás II se vieron frustradas cuando este afirmó el credo de «ortodoxia, autocracia y nacionalidad» y desestimó las aspiraciones democráticas como «ilusiones sin sentido».

En aquella época, Lev Bronstein vivía en Odessa, una bulliciosa ciudad portuaria de clase obrera con un ambiente combativo. Los acontecimientos radicalizaron

al precoz adolescente, aunque este proceso no siguió una línea recta. Tras una breve fase conservadora, se decantó por la extrema izquierda. En 1896 se trasladó a la ciudad portuaria de Nikoláiev, donde comenzó su actividad política. Al año siguiente abandonó sus estudios y vivió en una sórdida «comuna» junto a un pequeño grupo de estudiantes *narodniki* (un movimiento populista que consideraba que los campesinos estaban destinados a liderar una revolución).

Lev no se sentía atraído por el marxismo ruso, que según él «se revelaban prisioneros del ambiente conservador de la época [...] proyectaban la revolución sobre un vago mañana y propendían a ver en el socialismo el fruto de una evolución».⁴



Lev y su esposa Aleksandra Lvovna Sokolovkaia en exilio, 1902

Al lado: Zar Nicolás II y sus tropas durante la guerra ruso-japonesa

Los llamados marxistas legales en torno a Peter Struve utilizaban un lenguaje pseudomarxista para defender y fomentar el desarrollo del capitalismo ruso, optando por el compromiso en lugar de la lucha de clases. Estas ideas gozaban de gran popularidad entre la intelectualidad liberal, en consonancia con su perspectiva de clase.

El primer intento de Lev en la escritura política fue, de hecho, una polémica *contra* el marxismo, rechazada por una revista populista (es decir, *narodnik*) en Odessa.

El desarrollo del proletariado ruso continuó a buen ritmo. La población urbana se había disparado un 97 % entre 1863 y 1897. Surgieron grandes plantas industriales, incluidas dos en Nikoláiev que empleaban a 8000 trabajadores en total.

A finales de 1895, los estudiantes de San Petersburgo, Moscú y Kiev se negaron en masa a declarar su lealtad al nuevo zar. Las huelgas eran cada vez más grandes y radicales. Se alcanzó un punto álgido tras la coronación de Nicolás II en 1896, cuando una estampida provocada por la policía dejó miles de muertos y mutilados. En respuesta, estalló en San Petersburgo una huelga de 30.000 trabajadores, la mayor que había visto Rusia. Las ideas radicales se extendían rápidamente entre la intelectualidad y una capa de la clase obrera.

La Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera, fundada por Lenin, Julius Martov, Plejánov y Alexander Potresov, comenzaba a adquirir un pequeño círculo de seguidores. Esto era desconocido para Lev Bronstein, quien ayudó a crear un pequeño grupo llamado Unión de Trabajadores del Sur de Rusia siguiendo unas líneas vagamente «socialdemócratas» (es decir, marxistas), mostrando su trayectoria en respuesta a la creciente influencia de la clase obrera. La organización fue devastada por las detenciones de 1898, y Lev fue condenado a cuatro años de exilio en Siberia.

LEÓN TROTSKI

Durante una estancia de seis meses en una prisión de tránsito de Moscú, Lev se dedicó por fin al estudio serio del marxismo, incluyendo *La vi-*

sión monista de la historia, de Gueorgui Plejánov, y el nuevo libro de Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. Cuando Lev, su esposa Lvovna y su hija pequeña llegaron en 1900 a la aldea campesina de Irkutsk, en Siberia, plagada de mosquitos, «el marxismo era ya, definitivamente, la base de mis ideas».⁵

Más tarde reflexionó que criticar el marxismo acabó por agudizar su comprensión: «Sólo aquello que se conquista luchando tiene valor y consistencia».⁶ Al llegar a Irkutsk, comenzó inmediatamente a escribir artículos revolucionarios bajo el seudónimo de «Antid Oto», elegido de un diccionario italiano, con la broma de que quería ser el «antídoto marxista» contra la prensa burguesa.

A medida que aumentaban las huelgas, las protestas estudiantiles y las

detenciones, crecía la comunidad radical de exiliados. Se trataba de un entorno importante para la clarificación política, en el que Lev luchó contra las ideas anarquistas, reformistas y terroristas. Llegó por su cuenta a la misma conclusión que Lenin sobre la necesidad de construir un partido revolucionario profesional, defendiendo esta idea en un ensayo que fue objeto de acalorados debates en Siberia.

Cuando Lev se enteró de la existencia de *Iskra*, el nuevo periódico panruso dirigido por Lenin, y obtuvo una copia de su panfleto ¿Qué hacer?, decidió, con el apoyo de su esposa, que era necesario unirse al grupo de Lenin y Plejánov. Con un pasaporte falso a nombre de un carcelero de Odessa, Trotski huyó escondido bajo unos abrigos en un carro campesino. Pasó algún tiempo con los iskristas locales en Samara, escribiendo bajo el nombre de Pero («la pluma»): una muestra de su prodigiosa producción.

Trotski, cómo se le conocía entonces, acabó viajando a través de Austria hasta Londres en 1903, donde Lenin vivía en el exilio. El talentoso joven de Siberia impresionó a Lenin, quien abogó por incorporarlo al consejo editorial de *Iskra*. Plejánov se opuso rotundamente. Para entonces, el abuelo del marxismo ruso sentía que los acontecimientos le estaban pasando de largo, y su inseguridad lo hacía combativo. Consideraba al dinámico joven revolucionario de Siberia como una amenaza.

Mientras tanto, Trotski se alojó en Londres con Martov y Vera Zasulich, con quienes entabló una estrecha amistad. Ya en 1903, estos dos futuros líderes mencheviques mostraban signos de debilidad hacia los liberales y los pequeños burgueses que gravitaban en torno a los marxistas rusos.

Se ha escrito mucho sobre el Segundo Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POSDR) de 1903. No pretendemos volver sobre este episodio en detalle⁷, pero Trotski terminó oponiéndose a Lenin en la cuestión de la afiliación al partido y a la propuesta de este último de eliminar a los «viejos líderes» inertes del consejo editorial de *Iskra*.

A pesar de los pacientes intentos de Lenin por defender su postura en el congreso, Trotski no se dejó convencer, algo que más tarde atribuyó a su ingenuidad juvenil (tenía 23 años en ese momento), así como a su cercanía personal con Martov, Zasulich y Axelrod, todos ellos líderes de la minoría (los «mencheviques», en ruso). Sin embargo, más tarde reconocería que lo que inicialmente había considerado una toma de poder dictatorial no era más que Lenin haciendo lo necesario para unir a los marxistas rusos en un partido unificado y profesional.

Tras el congreso, Trotski lanzó varios ataques contundentes contra Lenin, lo que lo alejó de las filas de la mayoría (los

«bolcheviques»). Pero aunque Trotski se puso del lado de los mencheviques en el Segundo Congreso, siempre estuvo mucho más cerca de Lenin en el punto central de diferencia entre las facciones. A saber, su actitud hacia los liberales, de quienes Trotski (acertadamente) dijo que temían más a los trabajadores y campesinos rusos que al zar.

En marzo, el consejo editorial de *Iskra*, controlado por los mencheviques, se negó a publicar el artículo de Trotski sobre la guerra ruso-japonesa, que atacaba con dureza el liberalismo ruso. Trotski abandonó formalmente a los mencheviques en septiembre mediante una «Carta abierta a los camaradas», que fue enviada a *Iskra* para su publicación, pero que nunca se publicó. Permaneció fuera de ambas facciones (que se convirtieron en partidos separados en 1912) hasta 1917.

Aunque reconoció que se había equivocado al oponerse a Lenin en el Segundo Congreso, Trotski reflexionó más tarde que no se arrepentía de ello, ni del periodo de distanciamiento de Lenin que siguió:

«Retorné a Lenin más tarde que otros muchos, pero lo hice por la senda que yo mismo me tracé, a través de las experiencias de la revolución, la contrarrevolución y la guerra imperialista, y de sus enseñanzas. Y cuando hube de retornar a él lo hice con bastante más firmeza y seriedad que aquellos que se dicen “discípulos” suyos; los que, mientras vivió, no hicieron más que repetir, viniese o no a cuento, sus palabras e imitar sus gestos, para revelarse como impotentes epígonos, instrumento inconsciente en manos de poderes hostiles».⁸

LOS LÍMITES DE LOS LIBERALES

Las divisiones entre los «duros» y los «blandos», como se conocía respectivamente a los bolcheviques y los mencheviques, no harían más que agrandarse a medida que los acontecimientos se aceleraban. En noviembre de 1902 ya había estallado una poderosa huelga en Rostov, y una ola de huelgas se extendió por el sur de Rusia mientras se celebraba el Segundo Congreso.

El malestar social se intensificó con la guerra ruso-japonesa, que pronto se convirtió en un humillante desastre para la Rusia zarista. La guerra estaba provocando un cambio masivo en la conciencia, como observó Trotski en un brillante ensayo de 1904:

«Las masas, ayer primitivas, se enfrentan hoy a los acontecimientos más tremendos. Deben tratar de comprenderlos. La propia duración de la guerra ha producido un deseo de razonar, de cuestionar el significado de todo ello. Así, la guerra, aunque ha obstaculizado durante un tiempo la iniciativa revolucionaria de miles de personas, ha despertado a la vida el pensamiento político de millones».⁹

Los liberales comenzaron a organizarse en *zemstvos* (asambleas locales) para exigir reformas políticas y pusieron en marcha una serie de reuniones políticas, disfrazadas de «banquetes» para eludir las restricciones zaristas al derecho de reunión.

En julio, el ministro del Interior Plehve, que había prohibido los *zemstvos*, fue asesinado. Su sucesor, Svatopolk-Mirsky, permitió a los *zemstvos* celebrar una convención nacional en noviembre de 1904 como válvula de escape para el ánimo opositor de la intelectualidad.

Este congreso formuló una lista de 11 reivindicaciones, entre las que se incluían la libertad de expresión, la libertad de reunión y un parlamento representativo, aunque se abstuvo dócilmente de pedir una constitución. Los mencheviques se mostraron entusiasmados con este acontecimiento, siguiendo su perspectiva mecánica de que la burguesía liberal estaba destinada a derrocar el zarismo y sentar las bases de un Estado democrático burgués: supuestamente el siguiente paso en el desarrollo político de Rusia.

Iskra retuvo una serie de artículos en el otoño de 1904, publicados más tarde como el folleto *Hasta el 9 de enero*, en los que Trotski despreciaba tanto a los *zemstvos* liberales como a los marxistas legales por limitarse a suplicar al zar que concediera derechos democráticos. La autocracia no podía coexistir con la democracia, y no lo haría: cualquier concesión que se hiciera



ahora se recuperaría mañana. Tomando como punto de partida la reciente ola de huelgas, Trotski argumentó que la clase obrera, y no los zemstvos, iniciaría y lideraría esta revolución democrática, arrastrando consigo a los campesinos pobres y a una parte de la intelectualidad radical:

«La vanguardia de la revolución debe despertar de la indolencia a todos los demás elementos del pueblo; aparecer aquí y allá y en todas partes; plantear las cuestiones de la lucha política de la manera más audaz posible; llamar, fustigar, desenmascarar a la democracia hipócrita; hacer que los demócratas y los liberales de los zemstvos se enfrenten entre sí; despertar una y otra vez, llamar, fustigar, exigir una respuesta clara a la pregunta: ¿qué

vais a hacer?, para no permitir ninguna retirada; para obligar a los liberales legales a admitir su propia debilidad; para alejar de ellos a los elementos democráticos y ayudar a estos últimos en el camino de la revolución. Hacer este trabajo significa atraer los hilos de simpatía de toda la oposición democrática hacia la campaña revolucionaria del proletariado.»¹⁰

Esta posición es similar a la esbozada por Lenin una década antes en ¿Qué son los «amigos del pueblo» y cómo luchan contra los socialdemócratas? Pero Trotski fue más allá, prediciendo que el papel protagonista de la clase obrera significaba que la revolución inminente probablemente comenzaría con «una huelga política, no local, sino una huelga política general en toda Rusia»¹¹. Esto rompería el ejército, ganaría a la mejor parte de la intelectualidad y, combinado con la agitación en el campo, arrastraría a los campesinos detrás de los trabajadores. Se trataba de una idea novedosa, ya que, aunque en ocasiones se había vislumbrado la posibilidad de tal desarrollo en los países capitalistas avanzados, nada parecido se había visto en Rusia.

Pero en enero, una huelga en las fábricas Putilov (iniciada por un sindicato policial aprobado por el zar) se convirtió en una campaña de huelgas en la que participaron 140.000 trabajadores.

EL DOMINGO SANGRIENTO

El 9 de enero, una marcha pacífica de trabajadores y campesinos, que intentaban presentar una petición al zar en el Palacio de Invierno, fue disparada por cosacos armados, matando a cientos de personas. El «domingo sangriento», como se le conoció, provocó una enorme ola de huelgas que se extendió a 122 ciudades y localidades. Los estudiantes también se levantaron, y las grandes universidades de San Petersburgo y Kiev se convirtieron en espacios abiertos de organización revolucionaria.

Trotski se encontraba en Ginebra cuando recibió la noticia de que la Revolución de 1905 había comenzado, tal y como había predicho, con una huelga en toda Rusia. Pero, ¿qué debía suceder a continuación? Para Trotski, los trabajadores que habían iniciado la revolución debían liderar cualquier gobierno revolucionario tras la caída del zarismo:

«La victoria del levantamiento, así como el triunfo de la revolución, solo pueden ser logrados por el proletariado. [...]

Por lo tanto, la composición del Gobierno Provisional dependerá principalmente del proletariado. *Para ser más precisos, si el levantamiento obtiene una victoria decisiva, el poder recaerá en quienes lideraron al proletariado.*» [es decir, el partido de la socialdemocracia, énfasis nuestro].¹²

«¡Soldados, valientes muchachos! ¿Dónde está vuestra gloria entonces?» (1905), Valentín Serov, que representa los acontecimientos del Domingo Sangriento o la dispersión de una manifestación en Moscú en octubre de 1905

Al lado: 9 de enero de 1905 en la isla Vasiliievsky (Domingo Sangriento) (1905), Vladimir Makovsky



En el prólogo de *Antes del 9 de enero*, escrito en enero de 1905, Alexander Helfand, también conocido como Parvus, afirmaba que, tras liquidar la autocracia y tomar el poder, el proletariado esperaba que la socialdemocracia llevara a cabo reformas en su interés. Un régimen así «impulsaría el cambio revolucionario hasta los límites compatibles con la propiedad privada y la democracia burguesa». ¹³ En ese momento, los «aliados» liberales democráticos de los trabajadores se volverían contra ellos, lo que significaba que «será necesario luchar primero contra la autocracia y luego contra la burguesía». ¹⁴

Trotsky y Parvus estaban prácticamente solos en la socialdemocracia con esta perspectiva.

Lenin compartía la opinión de Trotsky y Parvus de que la débil y cobarde burguesía rusa era incapaz de llevar a cabo la revolución democrática. Sin embargo, pensaba que su concepción no tenía suficiente en cuenta al campesinado. Aunque no está claro si leyó íntegramente *Antes del 9 de enero*, en marzo de 1905 calificó a su autor de «charlatán», a su contenido de «charlatanesco» y criticó especialmente el prólogo de Parvus. ¹⁵

Lenin se opuso igualmente al burdo eslogan «¡No al zar, sino un gobierno obrero!», que surgió en 1905 —atribuido falsamente a Trotsky, pero probablemente

originado por Parvus—, de nuevo por excluir al campesinado.

Como siempre, Lenin partía de un análisis sobrio y concreto de la situación objetiva. Consideraba que la idea de un gobierno democrático revolucionario que no reflejara la composición de clases de un país mayoritariamente campesino era una contradicción en sí misma. A lo largo de 1905, Trotsky perfeccionaría su perspectiva sobre la relación entre la clase obrera y las masas campesinas.

TROTSKY Y PARVUS

Parvus era en aquella época un teórico de prestigio en el movimiento marxista, con quien Trotsky había convivido y trabajado estrechamente en el exilio. Se situaba a la izquierda de la socialdemocracia alemana, junto con Rosa Luxemburg. Basándose en gran medida en la obra del historiador liberal Pavel Milyukov, predijo un proceso de guerra y revolución en toda Europa: el resultado del capitalismo luchando contra las ataduras del Estado-nación. Y dijo que comenzaría en Rusia.

Argumentó que el Estado zarista había evolucionado como un aparato burocrático-militar que dependía de su gran ejército para resistir la presión de las economías europeas más avanzadas. Se vio obligado a invertir en la industria para preservar su poderío militar, dejando al

resto de la sociedad en un estado de atraso. Al hacerlo, dependía del capital extranjero: calificó a Rusia de «pensionista de la Bolsa francesa [bolsa de valores]». ¹⁶

Parvus dijo que el zar se vio obligado a saquear sus países vecinos para afirmar su independencia frente a sus acreedores y avivar el fervor patriótico para distraer la atención de la podredumbre interna. Pero precisamente debido a esta podredumbre, Rusia estaba destinada a perder estas nuevas guerras, lo que provocaría una crisis revolucionaria nacional que, combinada con sus errores militares, desestabilizaría todo el continente. En febrero de 1904 escribió un artículo en el que argumentaba que la guerra ruso-japonesa y la crisis resultante eran el comienzo de este proceso:

«El proceso mundial de desarrollo capitalista conduce a una *agitación política* en Rusia. Esto, a su vez, debe tener su impacto en el desarrollo político de todos los países capitalistas. La Revolución Rusa sacudirá el mundo burgués. [...] *Y el proletariado ruso bien podría desempeñar el papel de vanguardia de la revolución social.*» ¹⁷ [énfasis nuestro]

Durante la Primera Guerra Mundial, Parvus degeneró en un chovinista nacional alemán y un traficante de armas; pero años más tarde Trotsky aún señalaba su influencia en la teoría de la revolución permanente y decía que sus ideas a





Parvus, Trotski y Leo Deutsch en la prisión de Petropavlovskaya, 1906

Al lado: El juicio del Soviet de San Petersburgo, septiembre de 1906. Trotski está en el centro de la segunda fila, sosteniendo unos papeles (David King)

principios de 1905 «tenían muchos puntos de contacto».¹⁸

Sin embargo, aunque partieron de una posición similar, Trotski finalmente fue mucho más lejos. Parvus sostenía que el carácter atrasado y semifeudal de Rusia solo podía dar lugar a un partido socialdemócrata que funcionara como parte de un gobierno provisional burgués, siguiendo el modelo del Partido Laborista Australiano de la época. Hablaba de que los trabajadores mantuvieran el poder «temporalmente» y tensaran, pero no rompieran, con el régimen de la propiedad privada.

Las predicciones de Trotski sobre hasta dónde podrían llegar los trabajadores no estaban claras en enero de 1905, pero los acontecimientos agudizaron su perspectiva.

EL PRIMER ACTO DE LA REVOLUCIÓN

Trotski llegó a Kiev en febrero de 1905, utilizando un pasaporte a nombre de un cabo retirado. Finalmente llegó al centro del creciente movimiento huelguístico, San Petersburgo, y rápidamente ganó autoridad entre los trabajadores en huelga con sus discursos y artículos. Tras la traición de un agente provocador en las filas de los mencheviques, pronto se vio obligado a huir de nuevo a Finlandia.

La Revolución de 1905 se desarrolló a lo largo de varios actos. La primera ola de huelgas culminó con la aprobación por

parte del zar de la «Constitución Bulygin» el 6 de agosto, que prometía una Duma, un parlamento elegido.

La Constitución Bulygin fue recibida positivamente por el líder del Partido Constitucional Democrático (Cadetes) liberal, Pavel Milyukov. Trotski escribió una carta abierta a Milyukov en agosto de 1905, en la que atacaba a los liberales por confiar en que la autocracia les concediera derechos democráticos en lugar de luchar por conseguirlos, una tarea que, por lo tanto, recaía en los trabajadores y los campesinos:

«Ustedes plantean las próximas tareas como la profundización y el fortalecimiento lógicos de la Constitución sobre la base de su fundamento legal, mientras que las tareas consisten en arrebatar las condiciones materiales del poder de las manos del absolutismo mediante la victoria de la revolución. [...] ¡Qué infeliz sería la libertad rusa si dependiera de ustedes!».¹⁹

En julio, Trotski escribió un ensayo sobre un famoso discurso de 1862 del socialista alemán Ferdinand Lassalle, en el que situaba los acontecimientos de Rusia en un contexto internacional:

«La emancipación política, liderada por la clase obrera rusa, está elevando a esta última a cotas sin precedentes en la historia, proporcionándole medios y recursos colosales y convirtiéndola en la iniciadora de la liquidación mundial del capitalismo, para la cual la historia ha

*preparado todas las condiciones objetivas previas.» [énfasis nuestro]*²⁰

En otras palabras, Trotski veía la revolución en Rusia como el comienzo de un proceso que terminaría con el derrocamiento del capitalismo en la escena mundial.

Ese mismo mes, Lenin escribió *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, en el que argumentaba que solo los trabajadores podían derrotar al zarismo: una victoria que «pueda hacer que la hoguera revolucionaria prenda en Europa».²¹ Los acontecimientos ya estaban conduciendo a una convergencia entre los dos hombres.

EL SOVIET DE SAN PETERSBURGO

Tras un periodo de calma, en septiembre estalló un nuevo movimiento de huelga, que comenzó con los trabajadores de la imprenta de Moscú exigiendo una tarifa por pieza más alta por cada 1000 letras compuestas, sin excluir los signos de puntuación, y una reducción de la jornada laboral.

Las huelgas de solidaridad se habían extendido por todo el país el 10 de octubre. Las fábricas, los ferrocarriles, los bancos, las centrales eléctricas y las oficinas gubernamentales quedaron en silencio. Los trabajadores en huelga asaltaron armerías y levantaron barricadas para defenderse de los gendarmes y los cosacos. Tropas simpatizantes asistieron a las reuniones de los trabajadores, afirmando que un tercio del ejército estaba «con el pueblo».

El campo también se rebeló. Más de 2000 fincas de terratenientes fueron destruidas e incendiadas. Los campesinos más avanzados políticamente celebraron el primer congreso de la Unión Campesina de toda Rusia en agosto de 1905, y otro en Moscú el 6 de noviembre, en el que se pidió una lucha conjunta y una huelga agraria general que se decidiría «de acuerdo con la clase obrera».²²

Trotski regresó a San Petersburgo en octubre, en pleno apogeo de la huelga general, con un plan para crear una organización delegada no partidista elegida para representar a los trabajadores. Los mencheviques de San Petersburgo ya habían



hecho un llamamiento en este sentido. Pero los trabajadores no necesitaban que se les instara a ello.

El Soviet de San Petersburgo comenzó con un núcleo de trabajadores de 50 imprentas y se convirtió rápidamente en la ciudadela de la huelga general. Otros soviets surgieron en otras ciudades y pueblos.

El Comité Central bolchevique y sus líderes en San Petersburgo mantuvieron inicialmente la posición sectaria de que el Soviet debía adoptar el programa bolchevique antes de que ellos se unieran. Cuando Lenin regresó a Rusia en noviembre, corrigió este error, que en cualquier caso había sido ignorado por las bases bolcheviques.

Como explicó Trotsky más tarde:

«Sobre las dotes de dirección de los «leninistas» sin Lenin podrían escribirse páginas muy instructivas. [...] Y qué lamentable desamparo el suyo cuando la fatalidad los separaba de él en los momentos críticos».²³

Trotsky se dirigió por primera vez al Soviet de San Petersburgo el 16 de octubre en el Instituto Tecnológico. A esta reunión asistieron unos 100 delegados elegidos por 200.000 trabajadores, es decir, alrededor del 50 % de la población proletaria de la capital. Trotsky se convirtió en la figura política del Soviet y más tarde en su presidente electo. También redactó todas sus proclamas y resoluciones, y editó su órgano, *Izvestia* («Noticias»).

Ambas facciones del POSDR cooperaron en el Soviet, junto con el Partido Socialista Revolucionario (los sucesores políticos de los narodniks). Lenin no planteó ninguna objeción a ninguna de las resoluciones del Soviet, todas ellas redactadas por Trotsky, a pesar de su enemistad

pasada. Lunacharsky relata un episodio revelador en sus memorias:

«Recuerdo que alguien dijo en presencia de Lenin: «[...] el hombre fuerte del Soviet es Trotsky». Por un momento, la expresión de Lenin pareció ensombrecerse; luego dijo: «Bueno, Trotsky se lo ha ganado con su trabajo incansable y sorprendente».²⁴

Ante el inmenso poder de la huelga general y la autoridad del Soviet, la autocracia parpadeó. El 18 de octubre, el zar se vio obligado a presentar un manifiesto (redactado por el liberal Sergei Witte, primer presidente del Consejo de Ministros) en el que prometía el sufragio universal, las libertades civiles y una constitución. En noviembre, intentó apaciguar a los campesinos con un manifiesto en el que proclamaba la abolición de los pagos de redención por la asignación de tierras y la ampliación de los fondos del banco campesino.

Así, Trotsky bromeó: «la huelga [...] se comenzaba por los signos de puntuación y se debía, al fin de cuentas, echar abajo el absolutismo».²⁵ Estas concesiones democráticas confirmaron en la práctica la premisa de Trotsky:

«El triunfo a medias de la huelga de octubre tuvo para mí, aparte de su importancia política, una significación teórica inmensa. No había sido el movimiento de oposición de la burguesía liberal, ni el levantamiento elemental de los campesinos, ni los actos de terrorismo de los intelectuales, sino la huelga obrera, la que, por vez primera en la historia, había conseguido que el zarismo hincase la rodilla».²⁶

Aun así, Trotsky pidió que no se hicieran ilusiones. Pronunció un discurso desde el balcón de la Universidad de San

Petersburgo en el que rompió una copia del Manifiesto de Octubre, advirtiendo que no valía ni el papel en el que estaba escrito, ya que podía ser revocado en cualquier momento mientras la autocracia siguiera vigente.

LA REVOLUCIÓN ALCANZA SU PUNTO ÁLGIDO

No obstante, la promesa de una constitución creó divisiones en la revolución, cuyas capas conservadoras consideraban que las cosas habían ido demasiado lejos. «¿qué podían hacer en esta circunstancia los cadetes, políticos de frac, oradores de foro, tribunos de los *zemstvos*? –se preguntó Trotsky más tarde– Esperaron pasivamente, el movimiento del estancamiento constitucional».²⁷ También votaron a favor del plan del Gobierno para el reclutamiento del ejército y prometieron votar a favor del presupuesto imperial.

El zar aprovechó las divisiones y desató a las Centurias Negras fascistas contra los trabajadores y los campesinos. Estos matones «patriotas» asesinaron a entre 3.500 y 4.000 personas y mutilaron a otras 10.000 en 100 ciudades. Escribe Trotsky: «El antiguo régimen se vengaba de las humillaciones que había sufrido».²⁸

Mientras los liberales capitulaban, los elementos más radicales de las bases de los soviets presionaban para ir más allá. El 26 de octubre, los delegados de uno de los distritos de San Petersburgo decidieron espontáneamente introducir la jornada laboral de ocho horas en sus fábricas por medios revolucionarios. Siguiendo su ejemplo, el Soviet pidió a todas las fábricas y plantas que introdujeran la jornada laboral de ocho horas por cualquier medio necesario. Los trabajadores avanzaban espontáneamente sus propias reivindicaciones.

Ese mismo día, estalló un motín revolucionario en la base naval de Kronstadt, que fue rápidamente sofocado tras la declaración de la ley marcial. Los cabecillas fueron amenazados con la ejecución.

La Polonia anexionada por Rusia había sido escenario de importantes huelgas y luchas obreras a lo largo del año, con una insurrección en Łódź que fue sofocada sangrientamente en junio. Toda la parte rusa de Polonia fue sometida a la ley marcial el 28 de octubre. El 29 de octubre, se aplicó la misma medida en los distritos de las provincias de Chernigov, Saratov y Tambov, que habían sido escenario de disturbios agrarios.

Inmediatamente se convocaron reuniones masivas de trabajadores para exigir medidas drásticas al Soviet de San Petersburgo. El 2 de noviembre se lanzó una huelga general unánime en la ciudad para exigir que se perdonara la pena de muerte a los marineros detenidos y que se levantara la ley marcial en Polonia y en toda Rusia. Ante esta presión abrumadora, el gobierno volvió a ceder y la huelga victoriosa terminó el 7 de noviembre.

Mientras los trabajadores de San Petersburgo celebraban con razón su éxito, la revolución ya había pasado su punto álgido. La demanda de la jornada de ocho horas preparaba un enfrentamiento decisivo. A medida que octubre daba paso a noviembre, los trabajadores de todo San Petersburgo comenzaron a abandonar en masa sus fábricas y plantas después de ocho horas. En algunos casos, impusieron la jornada de ocho horas mediante «tomas de control», arrebatando a los patronos el control de sus lugares de trabajo. Esto supuso una escalada importante.

Cumpliendo las advertencias de Trotski y Lenin de que no se podía confiar en ellos, la burguesía liberal denunció inmediatamente en su prensa el movimiento por la jornada de ocho horas. El proletariado se quedó solo, mientras las fuerzas de la reacción se volvían más intransigentes.

EL CAMBIO DE RUMBO

Los capitalistas estaban recuperando el sentido tras el golpe inesperado de las huelgas de octubre y noviembre. Comenzando por la función pública y las empresas estatales, los patronos de San Petersburgo contraatacaron con un cierre patronal generalizado, dejando a miles de trabajadores en la calle.

Al frente del Soviet de San Petersburgo, Trotski vio que los trabajadores habían llevado al límite las tácticas de huelgas y paros. En ese momento, solo la insurrección podía conseguir la jornada de ocho horas, lo que necesariamente llevaría la revolución a su conclusión lógica: la conquista del poder. Pero esto planteaba una serie de dificultades.



Por un lado, se necesitaban armas, lo que requería el apoyo de una capa considerable de las fuerzas armadas, es decir, los campesinos uniformados. Esto no se había logrado, a pesar de que una capa significativa simpatizaba con la revolución, especialmente en la marina. De hecho, se estaban desplegando agresivamente tropas leales para disolver las reuniones de los trabajadores.

El principal problema era que, si bien la autoridad del Soviet era formidable en San Petersburgo, no era así en el resto de Rusia. El verdadero movimiento campesino no despegaría hasta 1906, momento en el que la revolución ya había sufrido derrotas en las ciudades. Por lo tanto, los trabajadores se habrían quedado solos en la lucha por la jornada de ocho horas (en realidad, una lucha por el poder estatal) sin el apoyo del resto del país. Esto solo podía acabar en una derrota aplastante, lo que habría supuesto un golpe desmoralizador para toda la clase obrera rusa.

Así, el 12 de noviembre, tras un debate de cuatro horas, el Soviet decidió poner fin a la lucha por la jornada de ocho horas. La decisión fue recibida con indignación por muchos trabajadores de base, que estaban dispuestos a luchar hasta el final. Solo la inmensa autoridad del Soviet permitió una retirada digna y en buen orden, preservando así las fuerzas de la revolución y evitando una derrota total. El Comité Ejecutivo resumió la campaña con las siguientes palabras:

«Si no hemos conquistado la jornada de ocho horas para las masas, al menos hemos conquistado a las masas para la jornada de ocho horas. En adelante, en el corazón de todo obrero petersburgués resonará el mismo grito de batalla: «¡Las ocho horas y un fusil!»»²⁹. La sabiduría de esta retirada organizada y las condiciones inmaduras para un

levantamiento exitoso quedaron trágicamente ilustradas en diciembre.

En un último intento por recuperar la iniciativa política, el Soviet de San Petersburgo publicó un «Manifiesto financiero», redactado por Parvus, en el que se pedía un boicot financiero, se criticaba la corrupción del régimen y se exigía que este abriera sus libros. Esto fue la gota que colmó el vaso: la autocracia decidió decapitar la revolución y arrestó a toda la dirección del Soviet el 3 de diciembre.

Los trabajadores de San Petersburgo respondieron a los arrestos y a la publicación del Manifiesto financiero con una huelga general el 8 de diciembre. Pero fue mucho más débil que la huelga de noviembre, ya que solo participaron dos tercios de los trabajadores de la ciudad, y se derrumbó al cabo de cuatro días. Con su dirección detenida y la ola de huelgas en declive, estaba claro que la revolución había recibido un golpe mortal.

El desenlace se produjo cuando el Soviet de Moscú se enteró de la detención del Soviet de San Petersburgo y convocó una huelga general el 7 de diciembre, que rápidamente se convirtió en un levantamiento. Tras diez días de combates callejeros y de intentos infructuosos de fraternizar con los soldados leales desplegados contra ellos, los trabajadores aislados fueron aplastados.

RESULTADOS Y PERSPECTIVAS

Trotski pasó los siguientes 15 meses en prisión, durante los cuales escribió, entre otras cosas, *Resultados y perspectivas*, y su relato de la Revolución de 1905. A diferencia de sus anteriores estancias en prisión, en las que había sido un estudiante del marxismo, ahora era un maestro.

En *Resultados y perspectivas*, articuló finalmente su teoría de la revolución permanente, forjada en el crisol de la revolución. Como escribió más tarde:



«El marxismo es sobre todo un método de análisis, no del análisis de textos sino del de las relaciones sociales.»

— *Trotsky*

Barricadas durante el levantamiento de Moscú, 25 de diciembre de 1905

«Fue precisamente en el intervalo que separa el 9 de enero y la huelga de octubre de 1905, cuando el autor llegó a concebir el desarrollo revolucionario de Rusia bajo la perspectiva fijada a continuación por la teoría llamada “de la revolución permanente”».³⁰

La esencia de Resultados y perspectivas es una defensa del materialismo dialéctico, el método filosófico del marxismo, basada en la experiencia directa de Trotsky en 1905. Derriba a los socialdemócratas que citaban mecánicamente fragmentos del análisis de Marx y Engels sobre las revoluciones de 1848 para «demostrar» que una revolución socialista en Rusia era «imposible». En particular, se fijaron en un párrafo del folleto de Engels, *Revolución y contrarrevolución en Alemania* (publicado originalmente en nombre de Marx con su permiso), citado por Trotsky en *Resultados y perspectivas*:

«La clase obrera de Alemania ha quedado atrasada en su desarrollo social y político con respecto a la clase obrera de Inglaterra y Francia en la misma medida en que la burguesía alemana se ha quedado rezagada de la burguesía de estos países. El criado es como el amo. [...] El movimiento obrero por sí mismo jamás es independiente, jamás lo es de un carácter exclusivamente proletario a menos que todas las fracciones diferentes de la clase media y, particularmente, su fracción más progresiva, la de los grandes fabricantes, haya conquistado el poder político y rehecho el Estado según sus demandas».³¹

Trotsky objetó que esta afirmación fue «considerablemente malinterpretada por los marxistas textuales» para argumentar que, dado que los capitalistas rusos (al igual que sus homólogos alemanes en 1848) aún no habían conquistado el poder y remodelado el Estado a su imagen, los trabajadores simplemente tendrían que

ponerse a la cola y esperar su turno. En resumen, redujeron las ideas de Marx y Engels a una «fórmula» rancia y mecánica de desarrollo histórico en etapas discretas e idénticas. Pero estos escolásticos carecían de cualquier comprensión del método marxista. Como explicó Trotsky:

«El marxismo es sobre todo un método de análisis, no del análisis de textos sino del de las relaciones sociales. ¿Es justo, en Rusia, que la debilidad del liberalismo capitalista signifique a todo trance la debilidad del movimiento obrero? ¿Es justo, en Rusia, que un movimiento proletario independiente no sea posible antes de que la burguesía haya conquistado la autoridad pública? Basta con plantear estas preguntas para reconocer el desesperado formalismo de pensamiento contenido en el intento de convertir un comentario histórico relativo de Marx en un teorema secular».³²

A lo largo de todas sus obras, es fácil ver que el método real de Marx y Engels era completamente ajeno al de los «marxistas textuales». De hecho, Marx y Engels hablaron de que la burguesía había sobrevivido a su papel histórico progresista tras los acontecimientos de 1848. De hecho, en la misma obra citada por los mencheviques, Engels descartó el dominio burgués como «imposible para siempre en Alemania».

No es casualidad que Trotsky tomara prestado el nombre de «revolución permanente» del discurso de Marx de 1850 ante la Liga Comunista, en el que hablaba de la necesidad de hacer «permanente» la revolución hasta que los trabajadores se hubieran apoderado de los medios de producción en todas las principales economías.

En relación con Rusia, Marx y Engels incluso sugirieron que, lejos de tener que pasar por una etapa de desarrollo capitalista, la comuna campesina rusa podía

pasar directamente a la «forma superior de propiedad colectiva»: a condición de que la revolución proletaria triunfara en Occidente.³³

DESARROLLO DE LA TEORÍA

La revolución permanente de Marx se basaba en su análisis de las revoluciones de 1848, en particular las de Francia y Alemania, donde la burguesía europea, políticamente en bancarrota, se apoyó en las masas en su lucha contra los restos del feudalismo, solo para unirse a las fuerzas del «orden» y aplastarlas. Ni los trabajadores ni la pequeña burguesía urbana fueron capaces de deshacerse del «cadáver político» de la burguesía en el momento decisivo, y el proletariado era demasiado débil para lograrlo por sí solo, ya que aún se encontraba en sus inicios.

Sin embargo, las condiciones en Rusia en 1905 eran diferentes. Trotsky desarrolló los escritos de Lenin y Parvus sobre las peculiaridades de la economía y el Estado rusos con el concepto de desarrollo combinado y desigual. Sostuvo que, bajo la presión del mercado mundial, la industria rusa se vio obligada a desarrollarse a un alto nivel en los centros urbanos.

Trotsky argumentó que, a diferencia de Occidente, la burguesía rusa autóctona no surgió de los gremios urbanos como una clase con intereses independientes en el desarrollo del capitalismo ruso. En cambio, la industria fue financiada por capital extranjero, cuyas inversiones estaban garantizadas por la autocracia, que ejercía un brutal aparato estatal represivo:

«El predominio económico fue, pues, entregado al gran capital. Pero el papel inmenso que desempeñó, en esta circunstancia, el capital extranjero tuvo consecuencias fatales para la influencia política de la burguesía rusa».³⁴

Como resultado, la burguesía rusa, débil y parasitaria desde el principio, no pudo cumplir de forma independiente sus tareas históricas. A sus espaldas, la burguesía sentía la amenaza de un poderoso proletariado industrial, la clase urbana destinada a liderar la revolución democrática de Rusia.

Aunque los trabajadores rusos eran una minoría, su desmesurado papel económico y sus estructuras organizativas naturales les daban una fuerza e influencia muy superiores a su número. En 1905, dejaron de lado a la burguesía, crearon los soviets, entraron en guerra con la autocracia y, por sí solos, obtuvieron concesiones democráticas. Trotsky explicó el carácter de la revolución de la siguiente manera:

«Por el propósito directo e inmediato que a sí misma se impone, la revolución rusa es propiamente “burguesa”, pues tiene por objeto emancipar a la sociedad burguesa de los grillos y las cadenas del absolutismo y la propiedad feudal. Ahora bien, la principal



Cartel dedicado al quinto aniversario de la Revolución de Octubre y al IV Congreso de la Internacional Comunista

Al lado: Cartel de la película de Sergei Eisenstein de 1925, *El acorazado Potemkin*, que retrata el motín de 1905

condiciones previas, necesarias para la revolución, en la conciencia y en el ánimo del proletariado europeo».³⁶

La predicción de Trotski se confirmó plenamente tras la Revolución de Octubre de 1917, a la que siguieron levantamientos revolucionarios en Hungría, Alemania, Italia y otros países.

La revolución que se extendía internacionalmente no solo era probable, sino también necesaria para su supervivencia. Trotski subrayó que, si bien existían las condiciones objetivas para la revolución socialista en la escena mundial y los requisitos políticos para que los trabajadores y los campesinos tomaran el poder en Rusia, un régimen proletario incipiente que se apoyara en condiciones económicas atrasadas no podría sobrevivir mucho tiempo ni construir el socialismo. Por lo tanto:

«[Al proletariado] No le quedará otra alternativa que entrelazar el destino de su dominación política, y por tanto el destino de toda la revolución rusa, con el destino de la revolución socialista en Europa».³⁷

El papel del campesinado

En *Resultados y perspectivas*, Trotski destacó el potencial revolucionario de las masas campesinas y la necesidad de ganarlas para el bando obrero con un programa de expropiación de los terratenientes, el fin de la carga fiscal sobre los pobres del campo y el reconocimiento de todas las expropiaciones revolucionarias de tierras. Tanto él como Lenin coincidían en que una revolución victoriosa terminaría con la conquista del poder por parte del proletariado en alianza con el campesinado, con una sutil pero importante diferencia en sus concepciones.

En la primera mitad de 1905, Lenin argumentó (en oposición a los mencheviques) que el POSDR debía participar en cualquier gobierno revolucionario tras la caída de la autocracia y esforzarse por construir una «dictadura democrática del proletariado y el campesinado». Afirmó que el curso de la historia «planteaba al proletariado ruso precisamente la tarea de llevar a cabo la revolución democrática burguesa», una tarea que «se enfrentaba al pueblo en su conjunto, es decir, a toda la masa de la pequeña burguesía y el campesinado».³⁸

fuerza motriz de esta revolución se halla constituida por el proletariado, y por esta razón, por su método, la revolución es proletaria».³⁵

En otras palabras, fue precisamente el atraso de Rusia lo que obligó a la clase obrera a desempeñar un papel decisivo en la revolución. Y tras haber conseguido concesiones democráticas, argumentaba Trotski, los trabajadores no «respetarían» las fórmulas históricas y entregarían el poder a los liberales burgueses, sino que promoverían sus propios intereses de clase. Esto, a su vez, empujaría a los liberales al bando de la contrarrevolución. La revolución de 1905 y la lucha por la jornada de ocho horas ofrecieron un atisbo de esto.

LÓGICA DE LA REVOLUCIÓN

Trotski argumentó que las demandas «mínimas», como la jornada de ocho horas, se encontrarían inevitablemente con la resistencia implacable de los patrones, que no podían conceder tales concesiones debido al subdesarrollo del capitalismo ruso. Una vez más, esto quedó ilustrado en la huelga de noviembre. Del mismo modo, cualquier intento serio de resolver

la cuestión agraria provocaría una reacción violenta por parte de los capitalistas y los terratenientes semifeudales, que se beneficiaban del statu quo. De hecho, muchos capitalistas eran ellos mismos terratenientes.

Por lo tanto, el proletariado, la clase que había liderado la revolución, tendría que tomar el poder por sí mismo. Una vez hecho esto, el desarrollo de la industria y la resolución de la cuestión agraria solo podrían lograrse mediante la gestión democrática de la economía por parte de los trabajadores y los campesinos pobres. Así, la revolución pasaría de ser burguesa a socialista en un proceso revolucionario «permanente».

Además, Trotski argumentó que el impacto de la revolución no se limitaría a las fronteras de Rusia, sino que se convertiría en la chispa de una revolución paneuropea:

«La influencia de la revolución rusa sobre el proletariado europeo es extraordinariamente grande. No sólo destruirá al absolutismo de Petersburgo, la fuerza principal de la reacción europea, sino que creará también las

Una dictadura revolucionaria del proletariado y el campesinado no solo representaría las aspiraciones democráticas de la gran mayoría del país, sino que sentaría las bases más favorables para el desarrollo del socialismo. Explicó en *Dos tácticas*:

«Aunque reconocemos el carácter indiscutiblemente burgués de la revolución, incapaz de traspasar directamente los límites de una mera revolución democrática, nuestra consigna impulsa esta revolución concreta y se esfuerza por moldearla en las formas más ventajosas para el proletariado; en consecuencia, se esfuerza por sacar el máximo partido de la revolución democrática para alcanzar el mayor éxito en la lucha ulterior del proletariado por el socialismo».³⁹

Una vez más, Lenin trataba de tener en cuenta la composición de Rusia, con su abrumadora mayoría campesina, en su perspectiva de la revolución democrática. Por su parte, Trotski interpretó la consigna de «dictadura democrática» como intencionadamente vaga y «aritmética», dejando abierta la posibilidad de que el campesinado superara en número a los trabajadores en un gobierno revolucionario. Esto, a su vez, oscurecía la cuestión de cuál de las dos clases lideraría dicho régimen.

Trotski fue más categórico: los trabajadores *debían* liderar al campesinado, que nunca en la historia había desempeñado un papel independiente y cuya lealtad se ganaría la clase que lo liberara del latifundismo y pudiera modernizar el campo. Si esto no se lograba, el campesinado se convertiría en una base para la contrarrevolución, como lo demostró el levantamiento aplastado en Moscú. En la primavera de 1917, Lenin abandonó su antiguo lema en favor de «Todo el poder a los soviets», que era, a todos los efectos, la misma posición que la de Trotski.

LEGADO

Años más tarde, Trotski resumió la teoría de la revolución permanente de la siguiente manera:

«La victoria completa de la revolución democrática en Rusia es inconcebible si no es en forma de dictadura del proletariado basada en el campesinado. La dictadura del proletariado, que inevitablemente pondrá en la agenda no solo tareas democráticas sino también socialistas, proporcionará al mismo tiempo un poderoso impulso a la revolución socialista internacional. Solo la victoria del proletariado en Occidente protegerá a Rusia de la restauración burguesa y le garantizará la posibilidad de llevar a término la construcción socialista».

Después de 1905, aunque la autocracia parecía triunfante a simple vista, las cosas



habían cambiado. A pesar de un período de reacción negra, las masas habían adquirido experiencia directa en la lucha revolucionaria. Habían aprendido nuevos métodos de lucha y habían comenzado a formar líderes. Al generalizar las lecciones del año y desarrollar la teoría de la revolución permanente, Trotski proporcionó una guía esencial para la acción.

No podemos decir si el análisis de Trotski influyó en Lenin, o si Lenin llegó a sus conclusiones de forma independiente. Lo que sí se puede decir es esto: Trotski fue el primero en sacar las conclusiones correctas de 1905, que reflejaban la lógica objetiva del proceso revolucionario en Rusia. *Y si Lenin no hubiera librado una lucha para rearmar el programa de los bolcheviques de acuerdo con la esencia de esta teoría en abril de 1917, no habrían tomado el poder.* Esto quedó confirmado por la experiencia de los mencheviques después de febrero de 1917, que ligaron su destino al Gobierno

Provisional burgués de Kerenski y casi arruinaron la revolución.

Trotski utilizó su dominio teórico y su experiencia en la dirección de las masas revolucionarias para romper decisivamente con el esquematismo, afirmando la esencia real del materialismo dialéctico como método para comprender la revolución como un organismo vivo e identificar sus tareas reales. Esto fue nada menos que una conquista inmortal, que los marxistas de hoy heredan como una herramienta esencial para comprender la dinámica de la lucha revolucionaria. Las lecciones de 1905 son, por lo tanto, clave para la eventual victoria de la clase obrera en la futura revolución socialista mundial. ■

Referencias en línea
americasocialista.org/amsoc41
 o escanea el código QR



¿QUÉ ES LA REVOLUCIÓN PERMANENTE?

TÉSIS FUNDAMENTALES

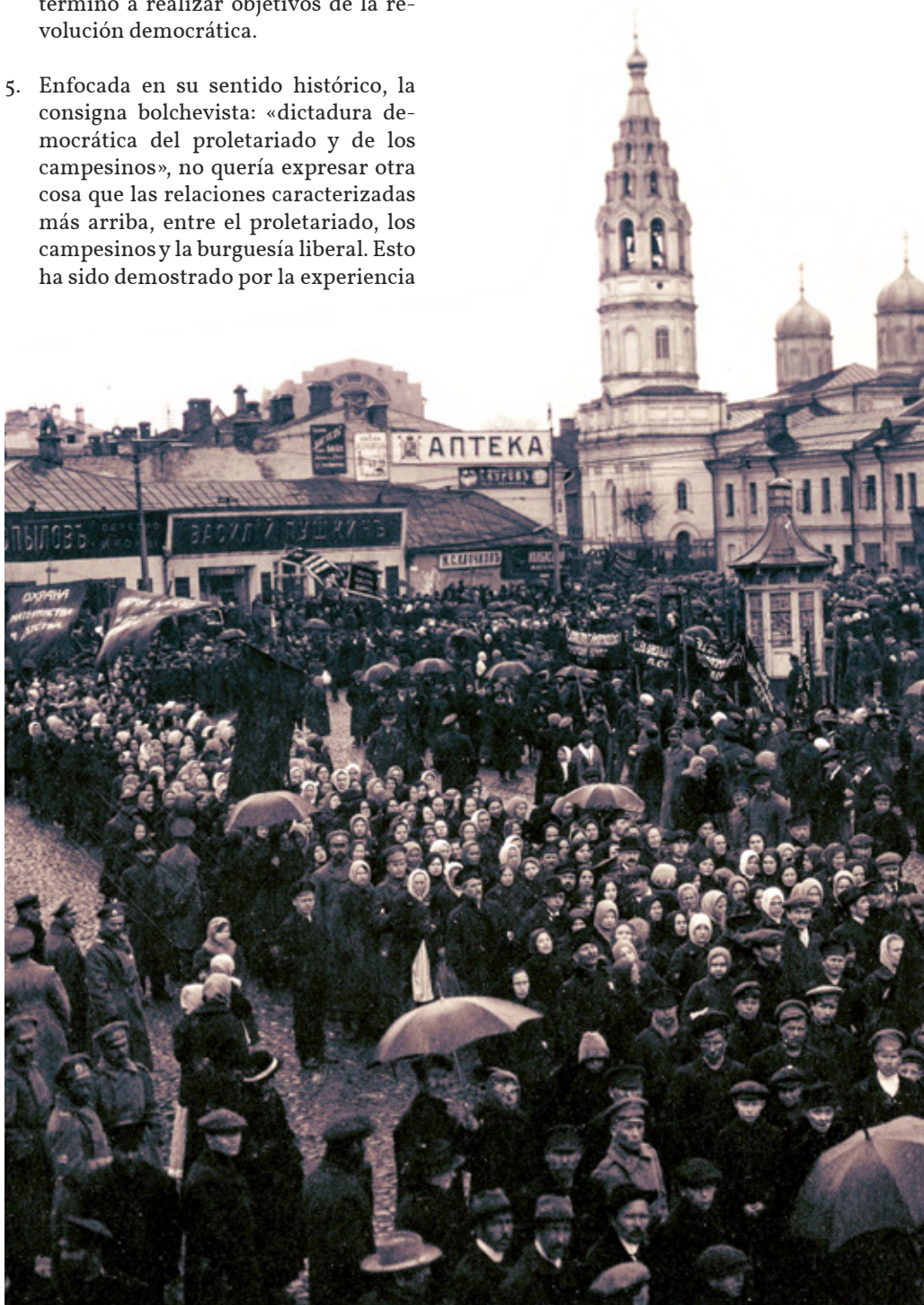
El siguiente extracto es el capítulo final de *La revolución permanente*, escrito por **León Trotski** en 1929, tras su expulsión de la URSS. Dos años antes, la Revolución China de 1925-27 había sido aplastada debido a la política de colaboración de clases impuesta al Partido Comunista Chino por la dirección estalinista de la Internacional Comunista. Trotski aprovechó entonces la oportunidad para aclarar su teoría de la revolución permanente —que había sido duramente atacada y distorsionada por los estalinistas— y explicar su importancia actual para los comunistas de China y otros lugares.

1. La teoría de la revolución permanente exige en la actualidad la mayor atención por parte de todo marxista, puesto que el rumbo de la lucha de clases y de la lucha ideológica ha venido a desplazarse de un modo completo y definitivo la cuestión, sacándola de la esfera de los recuerdos de antiguas divergencias entre los marxistas rusos para hacerla versar sobre el carácter, el nexo interno y los métodos de la revolución internacional en general.
2. Con respecto a los países de desarrollo burgués retrasado, y en particular de los coloniales y semicoloniales, la teoría de la revolución permanente significa que la resolución íntegra y efectiva de sus fines democráticos y de su emancipación nacional tan sólo puede concebirse por medio de la dictadura del proletariado, empuñando éste el poder como caudillo de la nación oprimida y, ante todo, de sus masas campesinas.
3. El problema agrario, y con él el problema nacional, asignan a los campesinos, que constituyen la mayoría aplastante de la población de los países atrasados, un puesto excepcional en la revolución democrática. Sin la alianza del proletariado con los campesinos, los fines de la revolución democrática no sólo no pueden realizarse, sino que ni siquiera cabe plantearlos seriamente. Sin embargo, la alianza de estas dos clases no es factible más que luchando irreconciliablemente contra la influencia de la burguesía liberal-nacional.
4. Sean las que fueren las primeras etapas episódicas de la revolución en los distintos países, la realización de la alianza revolucionaria del proletariado con las masas campesinas sólo es concebible bajo la dirección política de la vanguardia proletaria organizada en Partido Comunista. Esto

significa, a su vez, que la revolución democrática sólo puede triunfar por medio de la dictadura del proletariado, apoyada en la alianza con los campesinos y encaminada en primer término a realizar objetivos de la revolución democrática.

5. Enfocada en su sentido histórico, la consigna bolchevista: «dictadura democrática del proletariado y de los campesinos», no quería expresar otra cosa que las relaciones caracterizadas más arriba, entre el proletariado, los campesinos y la burguesía liberal. Esto ha sido demostrado por la experiencia

de Octubre. Pero la vieja fórmula de Lenin no resolvía de antemano cuáles serían las relaciones políticas recíprocas del proletariado y de los campesinos en el interior del bloque



revolucionario. En otros términos, la fórmula se asignaba conscientemente, un cierto carácter algebraico, que debía ceder el sitio a unidades aritméticas más concretas en el proceso de la experiencia histórica. Sin embargo, esta última ha demostrado, y en condiciones que excluyen toda torcida interpretación, que, por grande que sea el papel revolucionario de los campesinos, no puede ser nunca autónomo ni, con mayor motivo, dirigente. El campesino sigue al obrero o al burgués. Esto significa que la «dictadura democrática del proletariado y de los campesinos» sólo es concebible como *dictadura del proletariado arrastrando tras de sí a las masas campesinas*.

6. La dictadura democrática del proletariado y de los campesinos, en calidad de régimen distinto por su contenido de clase a la dictadura del proletariado,

sólo sería realizable en el caso de que fuera posible un partido revolucionario *independiente* que encarnara los intereses de la democracia campesina y pequeño burguesa en general, un partido capaz, con el apoyo del proletariado, de adueñarse del poder y de implantar desde él su programa revolucionario. Como lo atestigua la experiencia de toda la historia contemporánea, y sobre todo, la de Rusia durante el último cuarto de siglo, constituye un obstáculo invencible en el camino de la creación de un partido campesino la ausencia de independencia económica y política de la pequeña burguesía y su profunda diferenciación interna, como consecuencia de la cual las capas superiores de la pequeña burguesía (de los campesinos) en todos los casos decisivos, sobre todo en la guerra y la revolución, van con la gran burguesía, y los inferiores con el proletariado, obligando con ello al sector intermedio a elegir entre los polos extremos. Entre el kerensquismo y el poder bolchevista, entre el «Kuomintang» y la dictadura del proletariado, no cabe ni puede haber posibilidad intermedia,

es decir, una dictadura democrática de los obreros y campesinos.

7. La tendencia de la Internacional Comunista a imponer actualmente a los pueblos orientales la consigna de la dictadura democrática del proletariado y de los campesinos, superada definitivamente desde hace tiempo por la historia, no puede tener más que un carácter reaccionario. Por cuanto esta consigna se opone a la dictadura del proletariado, políticamente contribuye a la disolución de este último en las masas pequeño burguesas y crea de este modo las condiciones más favorables para la hegemonía de la burguesía nacional, y por consiguiente, para el fracaso de la revolución democrática. La incorporación de esta consigna al Programa de la Internacional Comunista representa ya de suyo una traición directa contra el marxismo y las tradiciones bolchevistas de Octubre.
8. La dictadura del proletariado, que sube al poder en calidad de caudillo de la revolución democrática, se encuentra inevitable y repentinamente, al triunfar, ante objetivos relacionados con profundas transformaciones del derecho de propiedad burguesa. La revolución democrática se transforma directamente en socialista, convirtiéndose con ello en *permanente*.
9. La conquista del poder por el proletariado no significa el coronamiento de la revolución, sino simplemente su iniciación. La edificación socialista sólo se concibe sobre la base de la lucha de clases en el terreno nacional e internacional. En las condiciones de predominio decisivo del régimen capitalista en la palestra mundial, esta lucha tiene que conducir inevitablemente a explosiones de guerra interna, es decir, civil, y exterior, revolucionaria. En esto consiste el carácter permanente de la revolución socialista como tal, independientemente del hecho de que se trate de un país atrasado, que haya realizado ayer todavía su transformación democrática, o de un viejo país capitalista que haya pasado por una larga época de democracia y parlamentarismo.
10. El triunfo de la revolución socialista es inconcebible dentro de las fronteras nacionales de un país. Una de las causas fundamentales de la crisis de la sociedad burguesa consiste en que las fuerzas productivas creadas por



Plaza Kaluzhskaya, Moscú,
marzo de 1917

ella no pueden conciliarse ya con los límites del Estado nacional. De aquí se originan las guerras imperialistas, de una parte, y la utopía burguesa de los Estados Unidos de Europa, de otra. La revolución socialista empieza en la palestra nacional, se desarrolla en la internacional y llega a su término y remate en la mundial. Por lo tanto, la revolución socialista se convierte en permanente en un sentido nuevo y más amplio de la palabra: en el sentido de que sólo se consuma con la victoria definitiva de la nueva sociedad en todo el planeta.

11. El esquema de desarrollo de la revolución mundial, tal como queda trazado, elimina el problema de la distinción entre países «maduros» y «no maduros» para el socialismo, en el sentido de la clasificación muerta y pedante que establece el actual programa de la Internacional Comunista. El capitalismo, al crear un mercado mundial, una división mundial del trabajo y fuerzas productivas mundiales, se encarga por sí solo de preparar la economía mundial en su conjunto para la transformación socialista. Este proceso de transformación se realizará con distinto ritmo según los distintos países. En determinadas condiciones, los países atrasados pueden llegar a la dictadura del proletariado antes que los avanzados, pero más tarde que ellos al socialismo. Un país colonial o semicolonial, cuyo proletariado resulte aún

insuficientemente preparado para agrupar en tomo suyo a los campesinos y conquistar el poder, se halla por ello mismo imposibilitado para llevar hasta el fin la revolución democrática. Por el contrario, en un país cuyo proletariado haya llegado al poder como resultado de la revolución democrática, el destino ulterior de la dictadura y del socialismo dependerá, en último término, no tanto de las fuerzas productivas nacionales como del desarrollo de la revolución socialista internacional.

12. La teoría del socialismo en un solo país, que ha surgido como consecuencia de la reacción contra el movimiento de Octubre, es la única teoría que se opone de un modo consecuente y definitivo a la de la revolución permanente. La tentativa de los epígonos, compelidos por los golpes de la crítica, de limitar a Rusia la aplicación de la teoría del socialismo en un solo país en vista de las peculiaridades (extensión y riquezas naturales) de esta nación, no mejora, sino que empeora las cosas. La ruptura con la posición internacional conduce siempre, inevitablemente, al *mesianismo* nacional, esto es, al reconocimiento de ventajas y cualidades inherentes al propio país susceptibles de permitir a éste desempeñar un papel inasequible a los demás: La división mundial del trabajo, la subordinación de la industria soviética a la técnica extranjera, la dependencia de las fuerzas productivas de los países avanzados de Europa respecto a las materias primas asiáticas, etc., etc., hacen imposible la edificación de una sociedad socialista independiente en ningún país del mundo.

13. La teoría de Stalin-Bujarin no sólo opone mecánicamente, contra toda la experiencia de las revoluciones rusas, la revolución democrática a la socialista, sino que divorcia, la revolución nacional de la internacional. A las revoluciones de los países atrasados les asigna como fin la instauración de un régimen irrealizable de dictadura democrática que contrapone a la dictadura del proletariado. Con ello introduce ilusiones y ficciones en la política, paraliza la lucha del proletariado por el poder en Oriente y retrasa la victoria de las revoluciones coloniales. Desde el punto de vista de la teoría de los epígonos, el hecho de que el proletariado conquiste el poder implica el triunfo de la revolución («en sus nueve décimas partes», según la fórmula de Stalin) y la iniciación de la época de las reformas nacionales. La teoría de la evolución del *kulak* hacia el socialismo y de la «neutralización» de

«La conquista del poder por el proletariado no significa el coronamiento de la revolución, sino simplemente su iniciación.»

la burguesía mundial, son, por este motivo, inseparables de la teoría del socialismo en un solo país. Estas teorías aparecen juntas y juntas caen. La teoría del nacional-socialismo reduce a la Internacional Comunista a la categoría de instrumento auxiliar para la lucha contra la intervención militar. La política actual de la Internacional Comunista, su régimen y la selección del personal directivo de la misma responden plenamente a esta reducción de la Internacional al papel de destacamento auxiliar, no destinado a la resolución de objetivos independientes.

14. El programa de la Internacional Comunista, elaborado por Bujarin, es ecléctico hasta la médula. Dicho programa representa una tentativa estéril para conciliar la teoría del socialismo en un solo país con el internacionalismo marxista, el cual, por su parte, es inseparable del carácter permanente de la revolución internacional. La lucha de la oposición comunista de izquierda por una política justa y un régimen saludable en la Internacional Comunista está íntimamente ligada a la lucha por el programa marxista. La cuestión del programa es, a su vez, inseparable de la cuestión de las dos teorías opuestas: la de la revolución permanente y la del socialismo en un solo país. Desde hace mucho tiempo, el problema de la revolución permanente ha rebasado las divergencias episódicas, completamente superadas por la historia, entre Lenin y Trotski. La lucha está entablada entre las ideas fundamentales de Marx y Lenin de una parte, y el eclecticismo de los centralistas, de otra. ■

Trotsky y Lenin,
5 de mayo de 1920



LA HISTORIA DEL TROTSKISMO CHINO

La historia del Partido Comunista Chino (PCCh) está íntimamente ligada a la degeneración estalinista de la Internacional Comunista. En este artículo, **Kenny Wallace** explora la poco conocida lucha de las fuerzas del trotskismo en China, que lucharon heroicamente para defender las ideas y los métodos del marxismo genuino contra viento y marea.

La historia del trotskismo chino es una parte a menudo pasada por alto de la historia del movimiento obrero chino. Esto se debe, en gran medida, a la victoria del Partido Comunista Chino (PCCh) en 1949 y al derrocamiento del capitalismo bajo la dirección de Mao, lo que necesariamente sitúa los orígenes y el desarrollo del maoísmo en primer plano en cualquier estudio sobre el marxismo en China. Pero esta no es la única razón.

El dominio de la línea oficial de la dirección del PCCh también se ha mantenido mediante una política de represión vigilante y despiadada, llevada a cabo contra cualquier tendencia que pudiera presentar una alternativa política para

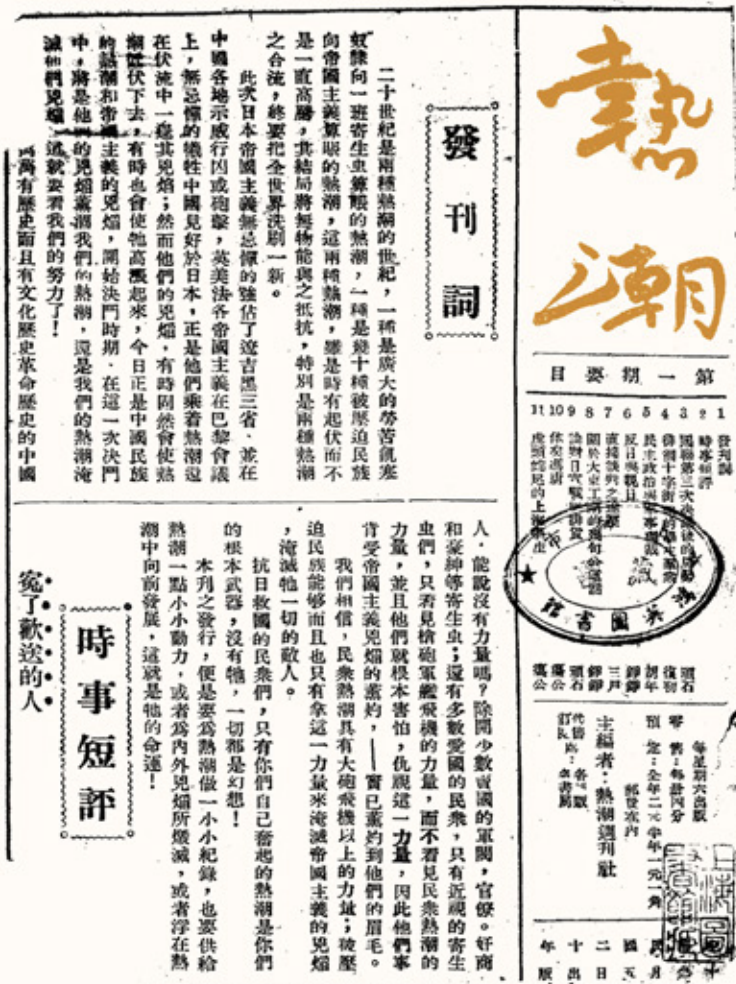
la clase obrera china, y sobre todo contra el trotskismo.

Esta lucha constante por neutralizar incluso la posibilidad de que surgiera una tendencia trotskista en China se remonta a los primeros años de la Oposición de Izquierda en la década de 1920. Alcanzó su punto álgido con la detención y eliminación de todos los trotskistas conocidos en China en 1951-52. En el curso de esta purga, las fuerzas del trotskismo chino fueron extinguidas y sus archivos destruidos.

Sin embargo, sería un grave error suponer que el trotskismo nunca tuvo ninguna influencia dentro del movimiento revolucionario chino. De hecho, varios de los fundadores del PCCh se unieron a la Oposición de Izquierda de Trotsky en la década de 1920.

En condiciones de represión despiadada, contrarrevolución y guerra, este pequeño grupo de trotskistas luchó heroicamente para mantener las ideas y métodos genuinos del bolchevismo en China y para establecer una fuerza organizada capaz de establecer vínculos con los trabajadores de las ciudades. Entendían que esa era la única manera de asegurar la revolución china sobre una base sólida.

Chen Duxiu en 1927 y *Hot Tide* en 1931, la publicación abierta de la oposición de izquierda del PCCh, de la que Chen era editor jefe



Esta lucha finalmente fracasó. Pero la historia de cómo los trotskistas chinos enfrentaron los inmensos desafíos de la época contiene muchas lecciones importantes para los comunistas que luchan por construir partidos revolucionarios en todo el mundo hoy en día.

EL ORIGEN DEL PCCh

Las raíces del trotskismo chino se remontan en realidad a la fundación del propio Partido Comunista Chino. El PCCh fue formado por un pequeño grupo de revolucionarios inspirados por la Revolución de Octubre de 1917, cuyo principal dirigente era Chen Duxiu.

La participación de Chen Duxiu fue fundamental. Antes de su conversión al marxismo, ya era un reconocido intelectual radical. Fue una figura destacada del histórico «Movimiento del 4 de mayo» de 1919, en el que miles de estudiantes de toda China protestaron contra el imperialismo, el feudalismo y la corrupción.

Al final de esa experiencia, Chen y sus seguidores se dieron cuenta de que la simple implementación de la democracia liberal occidental no podía liberar a China de las cadenas de la dominación extranjera. Consideraban que la revolución socialista era la forma de liberar a China del imperialismo y el atraso, tal y como estaban demostrando los bolcheviques en Rusia.

En el momento de su congreso fundacional en julio de 1921, el PCCh contaba con unos 50 miembros en total, todos ellos intelectuales o estudiantes. Los militantes que fundaron el partido lo hicieron basándose en las ideas de Lenin y Trotsky, los dirigentes reconocidos de la Revolución Rusa. Por supuesto, los dirigentes del PCCh eran muy nuevos en el marxismo y necesariamente dependían de la orientación de la Internacional Comunista («Comintern») en su trabajo.

El PCCh creció rápidamente, primero entre los jóvenes estudiantes e intelectuales, y luego entre la clase obrera. De un pequeño grupo de camaradas en su congreso fundacional, el PCCh había crecido hasta alcanzar los mil miembros solo cuatro años después, en 1925. Dos años más tarde, contaba con 57.000 miembros y controlaba la gran mayoría de los sindicatos.

El rápido crecimiento del PCCh reflejaba el enorme atractivo que la Revolución de Octubre tenía entre los trabajadores y jóvenes chinos avanzados. La consideraban un ejemplo para su propia liberación. Li Dazhao, otro cofundador del PCCh, resumió este sentimiento:

«Nuestras masas trabajadoras, sometidas a una doble e incluso múltiple opresión, escucharon de repente el grito de la Revolución de Octubre: «¡Derrocad el capitalismo mundial!», «¡Derrocad el imperialismo mundial!». Este grito resonó en nuestros oídos con especial intensidad, especial gravedad y especial significado.»¹

Pero también fue durante este periodo cuando la dirección del PCCh comenzó a recibir orientaciones cada vez más distorsionadas por parte de la dirección de la Comintern, lo que reflejaba la degeneración burocrática que se estaba produciendo en la URSS. Esto tendría graves consecuencias para el desarrollo del partido.

EL KUOMINTANG

En ese momento, China era menos una nación-estado y más una semicolonias, dividida en zonas de influencia entre muchas potencias imperialistas a través de sus representantes entre los señores de la guerra chinos y la burguesía compradora, esa clase de capitalistas que actuaban como comerciantes e intermediarios entre el capital extranjero y el mercado chino.

Una clase obrera proporcionalmente pequeña surgió en las pocas ciudades en las que el imperialismo extranjero había invertido fuertemente, como Shanghai, Guangdong y Hong Kong. Los trabajadores estaban sometidos a condiciones brutales, en algunos casos durmiendo 30 o 40 en una sola habitación y recibiendo palizas por errores en su trabajo.

Sin embargo, la gran mayoría de la población eran campesinos atrapados en condiciones de atraso extremo, dominados por terratenientes cuyos intereses estaban vinculados a las clases dominantes de las ciudades. En muchos casos, los campesinos eran semiesclavos, medio muertos de hambre, vestidos con harapos y obligados a pagar impuestos ruinosos bajo amenaza de tortura. Se ha estimado que, en un mal año, una familia de siete miembros podía esperar que tres o cuatro de ellos murieran de hambre.

En estas condiciones, el partido político más importante de China era el Kuomintang (KMT): el Partido Nacionalista Chino. Este partido estaba dominado principalmente por elementos burgueses. Pero también gozaba de cierto prestigio entre las masas, ya que su líder, Sun Yat-sen, era considerado el dirigente de la Revolución Republicana de 1911 que puso fin a siglos de monarquía dinástica en China.

A principios de la década de 1920 se produjo un auge de la agitación contra el



Izquierda: El boletín publicado en noviembre de 1920 por el grupo de Chen Duxiu en Shanghai (Ishikawa Yoshihiro)

Derecha: Chen Duxiu tras ser arrestado en 1921

Below: Hong Kong, Queen's Road Central en la década de 1920



imperialismo entre una capa de las masas chinas. Un gran número de trabajadores y campesinos, muchos de los cuales se estaban radicalizando hacia la izquierda, se unieron al KMT debido a la falta de una alternativa mayoritaria. Esto supuso tanto un problema como una oportunidad para el joven PCCh. En particular, el PCCh tenía que encontrar la manera de llegar a esta capa que miraba hacia el KMT y ganársela, sin sembrar ilusiones en la llamada «burguesía nacional progresista» que rodeaba a Sun Yat-sen.

En 1922, la Comintern y el PCCh tomaron una serie de medidas para orientarse hacia las bases del KMT. Durante el Segundo Congreso del PCCh, se adoptó una resolución para formar un frente único con el KMT, manteniendo al PCCh como partido independiente. Poco después, tras la intervención del representante de la Comintern Henk Sneevliet (Maring), se persuadió a los principales miembros del PCCh para que se unieran al KMT en un intento de ganar a sus bases para el socialismo.

A esto le siguió en 1923 la interacción directa del gobierno soviético con Sun Yat-sen. A Sun se le ofreció ayuda con fondos, equipo militar y asistencia para fortalecer las estructuras organizativas del KMT como partido, en un intento de ganarlo para el marxismo. Así comenzó lo que se conocería como el «Primer Frente Único».

La táctica del frente único tenía una larga historia en el desarrollo del Partido Bolchevique. Adoptó la forma de acuerdos temporales entre los bolcheviques y otras organizaciones para luchar por acciones específicas sobre la base de «marchar por separado, golpear juntos».

La idea era que, sobre la base de la actividad conjunta, los comunistas pudieran ganarse a los trabajadores con ilusiones reformistas, demostrando la superioridad de sus ideas y métodos en la práctica. Se debatió en el Tercer Congreso de la Comintern en 1921, donde Lenin y Trotski se esforzaron por señalar que una condición clave de cualquier frente único es mantener la independencia política del partido revolucionario.

El Primer Frente Único pretendía ser una aplicación de esta táctica a las condiciones de China, un país atrasado y semicolonial, donde una gran parte de la clase obrera tenía ilusiones en el KMT burgués-nacionalista. Sin embargo, en contraste con la concepción leninista del frente único, el Primer Frente Único comenzó con importantes concesiones



tanto en el frente político como en el organizativo.

Para llegar a un acuerdo con Sun Yat-sen, el representante soviético, Adolphe Joffe, aceptó públicamente que «el sistema soviético no puede adoptarse en China» en el Manifiesto Sun-Joffe, firmado el 26 de enero de 1923. Esto significaba, en la práctica, que el objetivo final del movimiento comunista era rechazado públicamente sin ni siquiera contar con los comunistas chinos.

El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (CEIC), bajo la dirección de Grigory Zinoviev, ordenó a los comunistas que establecieran un «bloque dentro» del KMT afiliándose a él como miembros individuales, al tiempo que mantenían la «independencia» del PCCh. Se utilizó la autoridad de la Internacional para garantizar la aceptación de sus instrucciones en el Tercer Congreso Nacional del PCCh en junio de 1923, a pesar de la considerable oposición a todos los niveles del partido.

En la práctica, las restricciones impuestas a los miembros comunistas por el KMT significaban que tenían que subordinarse a la disciplina y los objetivos de la dirección durante un período indeterminado, sin ninguna libertad de crítica.

La orientación del CEIC no hizo más que empeorar cuando Stalin comenzó a consolidar su poder en la Unión Soviética después de que Lenin quedara incapacitado por enfermedad en 1923. Apoyándose en la burocracia conservadora del Estado y del partido, Stalin presentó por primera vez su teoría del «socialismo en un solo país» en el otoño de 1924.

En relación con este desarrollo, la política exterior de la Unión Soviética comenzó a orientarse hacia la diplomacia y la acomodación con el capitalismo, en contraposición a la revolución mundial. En China, esto significó una postura

cada vez más amistosa hacia la dirección burguesa del KMT.

La mayoría del CEIC argumentaba que la clase obrera china era demasiado débil para dirigir una revolución, en lo que era un país abrumadoramente atrasado y campesino. Por lo tanto, según ellos, la revolución que se avecinaba solo podía ser de carácter burgués-democrático y estar dirigida principalmente por la burguesía. Esto a pesar de que el proletariado era una pequeña proporción de la población rusa en 1917, pero allí el proletariado había logrado tomar el poder, mientras que la débil burguesía desempeñaba un papel directamente contrarrevolucionario. En China, la burguesía era aún más débil y dependía aún más del imperialismo extranjero.

Los líderes de la Comintern tenían ilusiones particularmente fuertes en el líder del KMT, Chiang Kai-shek, que sucedió a Sun Yat-sen como líder del partido tras la muerte de este último. De hecho, en ese momento Chiang parecía dispuesto a colaborar con Moscú a cambio de ayuda extranjera. La mayoría del CEIC intentó ganarse a Chiang admitiendo al KMT como «partido asociado» de la Internacional en 1926, e incluso lo eligió «miembro honorario» de su comité ejecutivo. Solo Trotski votó en contra.

La posición del CEIC contradecía las «Tesis sobre la cuestión nacional y colonial», aprobadas en el II Congreso de la Comintern en junio de 1920, que afirmaban:

«La necesidad de luchar resueltamente contra los intentos hechos por los movimientos de liberación, que no son en realidad ni comunistas ni revolucionarios, de adoptar el color del comunismo. La Internacional Comunista debe apoyar los movimientos revolucionarios en los países coloniales y atrasados, [...] la Internacional Comunista

debe sellar una alianza temporal con la democracia burguesa de los países coloniales y atrasados, pero no debe fusionarse con ella y tiene que mantener incondicionalmente la independencia del movimiento proletario incluso en sus formas más embrionarias».²

Las ideas antimarxistas procedentes de Moscú encontraron una fuerte resistencia por parte de Chen Duxiu y la mayor parte de la dirección del PCCh. El ECCI recurrió entonces a la amenaza de expulsiones para obligar a la dirección del PCCh a someterse. Esto se amplificó en 1924, cuando el Komintern implementó una prohibición permanente de las facciones en todos los partidos de la Internacional, lo que hizo que la disidencia abierta con la dirección fuera inadmisible.

Fue esta experiencia la que generó desde el principio la oposición a los agentes de la Comintern dentro del PCCh.

LA LUCHA DE TROTSKI

Trotsky, que emprendió la lucha para defender las ideas del marxismo genuino contra la degeneración estalinista de la URSS y la Comintern, siguió de cerca los acontecimientos en China.

Trotsky siempre se opuso a las instrucciones de la Comintern al PCCh de colaborar con el burgués KMT, advirtiendo del peligro de la colaboración de clases. Entre 1923 y 1926, Trotsky planteó repetidamente la necesidad de que el PCCh rompiera con el KMT.

Trotsky explicó que en China, al igual que en Rusia, la burguesía nacional era incapaz de completar las tareas de la revolución democrática burguesa.

Por un lado, la burguesía china no había desarrollado más que una clase «compradora», indisolublemente ligada a los intereses del imperialismo occidental. Además, la burguesía china estaba vinculada, y a menudo incluso formaba parte, del pequeño grupo de grandes terratenientes

que poseía el 62 % de las tierras cultivables de China.³

Esta burguesía débil temía por encima de todo un movimiento revolucionario de la clase obrera y, por lo tanto, era orgánicamente incapaz de librar cualquier tipo de lucha decidida contra el imperialismo extranjero o los restos del feudalismo en China, dos de las tareas más básicas de la revolución china.

Por otro lado, Trotsky argumentaba que, aunque la clase obrera en China era numéricamente débil en comparación con la composición abrumadoramente campesina de la población, su papel económico y su peso en la sociedad significaban que, no obstante, podía desempeñar el papel principal en una futura revolución.

Adoptando una política correcta de distribución de tierras a los campesinos, podría forjar una poderosa alianza capaz de expulsar al imperialismo y establecer un régimen de poder obrero, como en Rusia en 1917. Pero para desempeñar este papel, la clase obrera necesitaba su propio partido, independiente de clase, que no sembrara ilusiones en los nacionalistas burgueses entre las masas obreras y campesinas.

Esto era precisamente una aplicación por parte de Trotsky de su teoría de la «revolución permanente». La revolución sería «permanente» en el sentido de que la clase obrera no debía limitarse a ayudar a la burguesía a establecer su propio régimen «democrático», sino que podía liderar la revolución y tomar el poder por sí misma en alianza con los campesinos.

Además, una vez que los trabajadores tomaran el poder, no se limitarían a llevar a cabo tareas democráticas burguesas, como la unificación del país y la reforma agraria. La lógica de la lucha los llevaría inevitablemente a llevar a cabo tareas socialistas, como la nacionalización de la industria. Por último, la revolución tendría que extenderse internacionalmente para

tener éxito, ya que sería imposible construir el socialismo en un solo país, especialmente en un país atrasado como lo era China en aquel momento.

En ese momento, sin embargo, los estalinistas estaban inmersos en una encarnizada lucha fraccional contra la Oposición de Izquierda de Trotsky en la URSS. Esto reflejaba el choque entre los intereses conservadores de la burocracia en ascenso, bajo el liderazgo y la protección de Stalin, y las tradiciones genuinas del leninismo, con su énfasis en el fortalecimiento de la democracia obrera y la lucha por la revolución mundial. El CEIC, que en ese momento estaba encabezado por Zinóviev en alianza con Stalin, votó contra Trotsky una y otra vez de acuerdo con esta lucha.

La burocracia de Moscú temía que las opiniones de Trotsky llegaran a los militantes del PCCh, por lo que comenzaron una campaña de difamación contra Trotsky en su interior. Trabajando a través de los agentes de la Comintern destinados en Shanghái (llamados Oficina del Lejano Oriente), comenzaron esta campaña presentando de forma repentina una resolución en el IV Congreso del PCCh en 1925. En ella denunciaban a Trotsky con una vaga acusación de que sus críticas contra la dirección de la Comintern en ese momento podrían haber sido utilizadas por los enemigos del movimiento comunista mundial.⁴

Según Zheng Chaolin, que estuvo presente en el Congreso y más tarde se convirtió en trotskista chino, todos los asistentes quedaron atónitos ante esta resolución, ya que parecía surgir de la nada. Pero solo conocían la versión de Zinóviev y Stalin, y no tenían forma de acceder a los escritos de Trotsky. Esta resolución fue aprobada con la ayuda de algunos colaboradores dispuestos dentro de la dirección del PCCh que se unieron a la difamación de Trotsky.⁵

Por lo tanto, oponerse a todo lo que decía Trotsky se convirtió en la línea oficial del PCCh. El mismo proceso tuvo lugar en los partidos comunistas de todo el mundo bajo el liderazgo de Zinóviev en la Comintern. Políticamente, esto significó que quienes representaban las ideas y tácticas genuinas del comunismo revolucionario fueron aislados o purgados por completo de la dirección en nombre de la «bolchevización» de los partidos



Miembros de la Oposición Unida en 1927

Al lado: Decapitación pública de un comunista chino en Shanghái, 1927



« ... las instrucciones de la Comintern habían llevado al PCCh y a la clase obrera china a una derrota traumática. »

comunistas, lo que condujo a una serie de derrotas desastrosas.

Pero ninguna cantidad de mentiras y calumnias pudo resistir el impacto de los acontecimientos.

LA REVOLUCIÓN DE 1925-27

El rápido crecimiento del PCCh coincidió con una enorme ola revolucionaria que barrió China entre 1925 y 1927. A lo largo de este período, el PCCh se ganó el apoyo de cientos de miles de trabajadores, pero la Comintern insistió en que el PCCh se abstuviera de ganar el liderazgo de la clase obrera de forma independiente. En cambio, se ordenó a los comunistas que mantuvieran su sumisión a la llamada «burguesía progresista» del KMT, ya que Chiang Kai-shek parecía estar librando una lucha militar contra los señores de la guerra vinculados a los intereses imperialistas en lo que se conoció como la «Expedición del Norte».

La consecuencia más grave de esta política se produjo en Shanghái. En marzo de 1927, los trabajadores de Shanghái se unieron al PCCh. Organizaron una

huelga general revolucionaria, que expulsó al señor de la guerra local y dejó el poder en manos de los trabajadores armados. El PCCh podría haber aprovechado esta tremenda victoria para inspirar a los trabajadores de otras ciudades chinas a seguir su ejemplo, lo que podría haber culminado en una revolución socialista en todo el país.

Pero la Comintern insistió en que el PCCh ordenara a los trabajadores que se desarmaran y se sometieran a las fuerzas de Chiang Kai-shek, porque, en su opinión, la revolución china solo estaba lista para su etapa «democrática». Así, el PCCh abrió las puertas de Shanghái a Chiang, quien, siguiendo su instinto de clase, procedió a masacrar a los trabajadores y comunistas desarmados, ahogando la revolución en sangre.

El resultado fue claro: las instrucciones de la Comintern habían llevado al PCCh y a la clase obrera china a una derrota traumática. Sin embargo, al final, la burocracia de Moscú culpó de todo al entonces líder del partido, Chen Duxiu, que había seguido las órdenes de la Comintern hasta el desastre de Shanghái, en lugar de reconocer honestamente su enorme responsabilidad en los errores del PCCh.

A continuación, se cometieron nuevos errores para proteger el prestigio de la burocracia de Moscú, como la desastrosa aventura del «soviet de Cantón». Esta serie de zigzags y derrotas condujo a su vez a una burocratización aún más rápida del partido.

Estos acontecimientos llevaron a un número cada vez mayor de miembros del partido a replantearse los consejos y

órdenes que les había dado Moscú. Esto ocurrió entre varios grupos independientes entre sí. Algunos de ellos eran miembros del PCCh que estudiaban en Rusia, hablaban ruso y encontraron por su cuenta los escritos de Trotski.

Otros eran líderes más antiguos del PCCh a quienes Moscú culpaba de las derrotas, como el fundador del partido, Chen Duxiu, y Peng Shuzhi. Reflexionaron seriamente sobre las lecciones de las derrotas y llegaron a la posición de Trotski. Como resultado, fueron expulsados del PCCh en 1929.

Otros eran tipos pequeñoburgueses que detestaban la burocracia estalinista por sus propias razones confusas y, por ese motivo, expresaron su interés en la Oposición de Izquierda de Trotski.

Estos grupos dispares formaron tendencias independientes dentro del PCCh que más tarde se unirían para convertirse en las fuerzas del trotskismo chino.

LA CUESTIÓN DEL LIDERAZGO

Estas primeras capas de simpatizantes trotskistas del PCCh tenían un gran potencial. Algunos de ellos, como Chen Duxiu, eran líderes fundadores del partido y gozaban de una gran autoridad entre las bases. Otros, como Wang Fanxi, eran miembros más jóvenes que habían estudiado en Moscú y sabían ruso, lo que significaba que podían haber establecido un vínculo directo con la Oposición de Izquierda en Rusia y en todo el mundo.

Si hubieran sido capaces de consolidar una organización disciplinada a tiempo, a partir de finales de la década de 1920 habrían tenido muchas oportunidades

de reclutar miembros entre las filas del PCCh, que se encontraba en una profunda crisis. Esto habría sido un paso importante para reconstruir el marxismo como fuerza entre el proletariado chino.

Desgraciadamente, esto no fue así. A pesar de su alineamiento con Trotsky, no habían dominado por sí mismos la teoría y los métodos del bolchevismo. Sin embargo, esto era precisamente lo que se necesitaba para navegar por el período de dura reacción en el que estaba entrando China, con el KMT y el PCCh como feroces adversarios de sus pequeñas fuerzas.

La derrota de la revolución provocó un estado de ánimo profundamente cínico entre cierta capa de la población. Esto se reflejó en los métodos y comportamientos sectarios de muchos de los que se alineaban con la Oposición de Izquierda. Esto no solo ocurrió en China, sino en muchos sectores de la Oposición de Izquierda, donde Trotsky tuvo que intervenir personalmente para corregir estos errores.

Así, los trotskistas chinos comenzaron como cuatro pequeños grupos sectarios que lucharon entre sí durante más de un año y medio. Las fuentes de las disputas iban desde cuestiones políticas secundarias hasta disputas interpersonales directas.

Lo que se necesitaba era una fuerza política unificadora fuerte: una dirección con una comprensión clara de la situación y la autoridad suficiente para reunir a los mejores elementos sobre la base de principios. Pero, lamentablemente, este factor era precisamente el que faltaba.

Chen Duxiu era la única persona que podía desempeñar este papel, pero muchos trotskistas más jóvenes se negaron a trabajar con él debido a que había seguido la desastrosa línea de la Comintern hasta la masacre de Shanghái, a pesar de sus reservas. Y, por desgracia, incluso él carecía de un sólido conocimiento de la teoría marxista, por lo que en muchos casos se quedaba atrás con respecto a los demás y era incapaz de aportar la claridad de ideas necesaria para ese liderazgo.

Finalmente, el 8 de enero de 1931, Trotsky escribió personalmente una carta a todos los grupos principales. Basándose en algunas comunicaciones que recibió de todas las partes, consideró que no había razón para que continuara la división entre los grupos y les instó a fusionarse en uno solo.

Desde el punto de vista de Trotsky, al igual que muchas otras secciones de la Oposición de Izquierda Internacional, los diferentes grupos de trotskistas chinos eran en su mayoría revolucionarios sinceros, pero políticamente inexpertos. Estaba dispuesto a guiarlos pacientemente, a pesar de las muchas diferencias que existían entre ellos, siempre y cuando todos trazaran una línea contra cualquier elemento sin principios. Así concluía su carta: «Traer grupos sin principios a la

Oposición Internacional sería envenenar el organismo propio».⁶

Lo que Trotsky no pudo ver fue que, de hecho, había bastantes elementos sin principios entre la mayoría de estos grupos. Había personas serias y valientes, pero estaban mezcladas con elementos pequeñoburgueses cuyas principales prioridades eran ocupar puestos de liderazgo para su propio prestigio.

Lo que Trotsky entendía por unificación era que los trotskistas chinos sinceros, que compartían en general sus perspectivas, programas, políticas y métodos, se unificaran en una sola organización. Pero cuando la carta de Trotsky llegó a China, se interpretó en términos puramente organizativos y formales, es decir, que cualquiera que declarara su solidaridad con Trotsky desde China, independientemente de sus ideas políticas o motivaciones, debía formar parte de esta organización.

El resultado no fue la unidad basada en principios que Trotsky esperaba, sino un proceso de fusión desordenado y sin principios que se prolongó durante medio año, empantanado en disputas sobre la representación de cada grupo en el Comité Central (CC).

El Primero de Mayo de 1931, finalmente se celebró el congreso fundacional de la Oposición de Izquierda china, que estableció la Liga Comunista de China, con un Comité Ejecutivo encabezado por Chen Duxiu. Pero muy poco después, un miembro llamado Ma Yufu, enfadado por no haber sido elegido para el CC, decidió traicionar a toda la dirección de la organización entregándola al KMT.

Así, poco después de su congreso de unidad, ganado con tanto esfuerzo, toda la dirección central, con la excepción de Chen Duxiu y Peng Shuzhi, fue arrestada y encarcelada. Chen y Peng fueron finalmente arrestados por el KMT en otra ocasión al año siguiente. Los trotskistas chinos se vieron así privados de una dirección sólida desde el principio.

DIFICULTADES OBJETIVAS

A pesar de la decapitación de su dirección, todavía quedaban pequeños grupúsculos de militantes de base, así como el trotskista sudafricano Frank Glass, que trabajaron duro para mantener viva la llama del trotskismo, principalmente en Shanghái.

La situación parecía inicialmente desesperada. El régimen del KMT, que ahora era una dictadura militar que perseguía enérgicamente una guerra civil «contra el comunismo», no veía ninguna diferencia entre los trotskistas y el PCCh estalinizado. En los años posteriores a 1927, Chiang Kai-shek se obsesionó principalmente con erradicar de China a lo que él llamaba «bandidos comunistas», incluso cuando el Imperio japonés invadió el país y se apoderó de Manchuria en 1931.

Soldados japoneses entrando por la Puerta Zhonghua en Nanjing, diciembre de 1937

Al lado: Chiang Kai-shek y Mao Zedong, septiembre de 1945



En diciembre de 1936, Chiang Kai-shek fue arrestado por uno de sus generales y liberado con la condición de que firmara un alto el fuego con el PCCh y colaborara con ellos para repeler juntos a Japón. Chiang aceptó a regañadientes con la condición de que el PCCh suspendiera la lucha de clases, cesara toda propaganda comunista, disolviera la República Soviética de Yenán (el gobierno de la zona controlada por el PCCh) e incorporara al Ejército Rojo al ejército nacional oficial. El PCCh aceptó estas condiciones y, en el verano de 1937, se estableció formalmente el llamado «Segundo Frente Único».

La concesión de Chiang de colaborar con el PCCh incluía la liberación de todos los presos políticos de las cárceles del KMT. Afortunadamente, esto benefició a los trotskistas chinos, ya que líderes importantes como Chen Duxiu, Zheng Chaolin, Wang Fanxi y Peng Shuzhi fueron liberados en virtud de estas condiciones.

Con una fuerza pequeña e inexperta y con pocos recursos, los trotskistas combatían en una guerra en tres frentes: contra el KMT, contra el PCCh y contra los japoneses, todos los cuales consideraban el trotskismo como una amenaza mortal.

El KMT y los japoneses, por supuesto, no veían ninguna diferencia entre el PCCh y los trotskistas, y los reprimieron brutalmente a ambos. Mientras tanto, el PCCh, en línea con la campaña de Stalin para exterminar el trotskismo en todo el mundo, también llevó a cabo purgas anti trotskistas rencorosas a finales de la década de 1930. Es difícil exagerar lo compleja y difícil que era la situación para los marxistas genuinos en China en aquella época.

Contra todo pronóstico, los trotskistas establecieron una dirección nacional provisional de la Liga Comunista en Shanhái entre 1933 y 1934, y luego las fuerzas dispersas en Hong Kong, Shandong y Guangxi lograron restablecer el contacto con este centro.

A partir de ahí, la Liga Comunista se orientó hacia los trabajadores urbanos y los estudiantes, que estaban en gran medida desconectados del PCCh, que había trasladado su base al campo y su orientación hacia los campesinos. Tradujeron y publicaron las obras de Trotsky en chino y produjeron varios periódicos ilegales, impresos en prensas diseñadas y construidas por los propios compañeros. El hecho de que lograran estas importantes conquistas merece el mayor respeto.

LA GUERRA

El inicio de la invasión a gran escala de China por parte de Japón en 1937 planteó una cuestión muy seria para los trotskistas chinos: ¿qué posición debían adoptar respecto a la guerra?

Es cierto que Chiang Kai-shek era un carnicero del proletariado chino y un



archi-reaccionario. Sin embargo, la naturaleza de la invasión japonesa de China era la de una guerra entre una potencia imperialista y una nación oprimida que luchaba por su liberación nacional.

Concretamente, la brutalidad de los invasores japoneses provocó un extraordinario ánimo de resistencia entre los trabajadores y campesinos de China. Esto es especialmente cierto después de la masacre de Nanjing en diciembre de 1937, donde las tropas japonesas cometieron uno de los peores crímenes de guerra de la historia. Cientos de miles de civiles fueron saqueados, violados y asesinados.

Frank Glass dio un desgarrador informe de la vida bajo la ocupación japonesa en 1939:

«En las zonas controladas por los japoneses, estos suelen matar a cualquier chino que se dedique a lo que denominan «actividades antijaponesas», entre las que se incluyen desde no ofrecer un cigarrillo a un soldado japonés hasta no saludar correctamente a los centinelas o poseer un periódico del Kuomintang. En estas zonas, el terror japonés no solo se dirige contra los revolucionarios, sino contra toda la población. Innumerables aldeas que los japoneses consideraban que habían estado ayudando a las fuerzas guerrilleras han sido arrasadas por el fuego,

y los japoneses han ametrallado a los habitantes que huían.»⁷

Las masas chinas ardían de furia contra los invasores imperialistas. Sin embargo, aunque el ejército campesino del PCCh contaba con unos 100.000 efectivos en aquel momento, estaba mal equipado y se limitaba en su mayor parte a la pequeña y relativamente remota región alrededor de Yenán, en la provincia de Shaanxi. El hecho era que, nos gustara o no, la mayor fuerza que luchaba contra esta invasión y a la que las masas podían recurrir era el KMT.

Esto planteaba un problema muy complicado a los trotskistas chinos, en un momento en que solo contaban con unas 200 personas dispersas por toda China. ¿Cómo debían posicionarse frente al KMT y al PCCh, sin ceder a las presiones del oportunismo ni aislarse de la clase obrera? En ese momento, Trotsky proporcionó una orientación muy importante sobre cómo abordar esta cuestión.

UN FRENTE ÚNICO BASADO EN PRINCIPIOS

Para empezar, está muy claro que los comunistas deben ponerse del lado de las masas de la nación oprimida contra el imperialismo. Pero en este caso, las masas chinas aún no habían desarrollado sus propios órganos de poder, y los revolucionarios de la Liga Comunista de

China estaban muy lejos de ser lo suficientemente grandes como para influir por sí solos en la situación. Las pequeñas fuerzas del trotskismo necesitaban fortalecerse conectando con este ánimo progresista de liberación del imperialismo entre las masas.

La única manera de hacerlo en este caso era que los trotskistas se presentaran como parte de un frente único militar basado en principios con el KMT y el PCCh, manteniendo al mismo tiempo su independencia de clase.

Esto fue precisamente lo que Trotsky defendió como política para China en 1937. Llegó incluso a pedir a los revolucionarios que se unieran a la lucha militar contra Japón, aunque eso significara unirse a los ejércitos del KMT. Así es como Trotsky analizó la situación en una carta a Diego Rivera ese año:

«Chiang Kai-shek es el verdugo de los obreros y campesinos chinos. Pero hoy se ve obligado, contra su voluntad, a luchar contra Japón por lo que resta de la independencia china. Puede que mañana vuelva a traicionar. Es posible. Es probable. Hasta es inevitable. Pero hoy está luchando. Solo los cobardes, imbéciles totales o canallas, pueden negarse a participar en esa lucha. [...]

Participar activa y conscientemente en la guerra no significa “servir a Chiang Kai-shek” sino servir a la independencia del país colonial a pesar de Chiang Kai-shek. Y las palabras dirigidas contra el Kuomintang son los medios para educar a las masas para el derrocamiento de Chiang Kai-shek. Al participar en la lucha *militar* bajo las órdenes de Chiang Kai-shek, puesto que desgraciadamente él tiene el mando de la guerra por la independencia, nos preparamos *políticamente* para el derrocamiento de Chiang Kai-shek; esa es la única política revolucionaria.» (énfasis de Trotsky)⁸

Esta táctica se diferenciaba fundamentalmente de los «frentes populares» estalinistas (es decir, coaliciones entre clases) o de lo que Mao denominó el «Segundo Frente Único» con el KMT. Mao y el PCCh, en particular, intentaron ceder todos sus territorios al KMT, aceptando a Chiang como su comandante, y disolver

su independencia de clase en un campo «nacional» general con el KMT burgués a la cabeza.

En cambio, una verdadera táctica de frente único habría consistido en que el partido revolucionario formara un bloque en la lucha nacional, sin renunciar a su independencia política y organizativa y, sobre todo, sin renunciar a sus reivindicaciones sociales. En lugar de fomentar ilusiones en la capacidad del KMT para «luchar contra el imperialismo», su política debería haberse dirigido a poner de manifiesto la incapacidad del KMT para llevar a cabo la guerra. En todo momento debía haberse reservado la opción de derrocar a los elementos burgueses al frente de la lucha de liberación nacional, *incluso antes de ganar la guerra*. Como explicó Trotsky:

«Debemos ganar prestigio e influencia en la lucha militar contra la invasión extranjera y en la lucha política contra las debilidades, las deficiencias y la traición internas. En cierto momento, que no podemos fijar a priori, esta oposición política puede y debe transformarse en conflicto armado, puesto que la guerra civil, como cualquier otra guerra, no es más que la continuación de la lucha política. Es necesario, empero, saber cuándo y cómo transformar la oposición política en insurrección armada...» (Énfasis de Trotsky)⁹

Trotsky preveía que, con una aplicación correcta de la táctica del frente único a las condiciones imperantes durante la guerra y, sobre todo, al estado de ánimo de los trabajadores y los jóvenes, los trotskistas chinos podrían romper su aislamiento, lo que les permitiría reclutar a una capa más amplia y encontrar un camino hacia la clase obrera, que carecía de cualquier liderazgo revolucionario.

DIVISIONES ENTRE LOS TROTSKISTAS

Desgraciadamente, al estallar la guerra, los trotskistas chinos no tenían clara esta cuestión clave.

En la dirección de la Liga Comunista, Zheng Chaolin se negó a apoyar esta guerra de resistencia porque consideraba que equivaldría a una «colaboración de clases» con el KMT. En un artículo titulado «Bajo la bandera del derrotismo revolucionario», Zheng argumentaba que, en la época imperialista del capitalismo, las luchas de liberación nacional ya no tenían ningún contenido progresista. Por lo tanto, argumentaba, los marxistas debían apoyar la derrota de Chiang en la guerra contra Japón.

La mayoría, con sede en el centro del partido en Shanghái, apoyaba la



En el sentido de las agujas del reloj, desde la parte inferior izquierda: Wang Fanxi y su esposa Ma Yu Zheng Chaolin Frank Glass Chen Duxiu (izquierda) y Peng Shuzhi (derecha) tras su detención en 1932

resistencia, pero también criticaba a la dirección del KMT de una manera que la hacía parecer pasiva ante el esfuerzo bélico.

Como describió Chen Duxiu a Trotsky en una carta posterior:

«Para las masas, lo que veían de los “trotskistas” no era resistencia antijaponesa, sino páginas y páginas de cada número de su periódico oficial, repletas de artículos que atacaban y denunciaban al Partido Comunista Chino y al Kuomintang. Como resultado, la propaganda estalinista sobre los “traidores trotskistas” encontró eco en todos los estratos de la sociedad, de modo que incluso quienes simpatizaban con nosotros no podían entender con claridad a quién se oponían principalmente los “trotskistas” en ese momento.»¹⁰

Los trotskistas deberían haber apoyado con todo su peso medidas audaces para agitar a los trabajadores en favor de la resistencia revolucionaria contra Japón, como la organización de milicias obreras, al tiempo que criticaban hábilmente al KMT de tal manera que no pareciera

que estaban al margen del esfuerzo de resistencia. También deberían haber exigido al KMT que proporcionara armas y entrenamiento a los trabajadores de las ciudades como la mejor manera de detener el imperialismo japonés. De esa manera, las masas habrían visto a los trotskistas como sinceros luchadores por la liberación, y esa autoridad podría haberse utilizado para amplificar su llamamiento a las masas a adoptar un enfoque más independiente de clase y revolucionario de la guerra.

Sin duda, hubo compañeros que participaron en la lucha militar, ya fuera uniéndose a las guerrillas organizadas por el KMT o el PCCh, o creando sus propias guerrillas. Shandong fue uno de los puntos calientes de la guerra de guerrillas contra Japón liderada por los trotskistas, pero estos tendían a estar en gran medida separados del centro del partido y a menudo eran exterminados por el KMT o el PCCh. Más importante aún, estos intentos de guerra de guerrillas tendían a estar separados de la clase obrera de las ciudades, lo que también aislaba a los revolucionarios.

Solo una pequeña minoría, entre ellos Chen Duxiu, pensaba que era necesario apoyar activamente la guerra de resistencia, o al menos lo intentó.

Sin embargo, aunque Chen tenía razón al defender la necesidad de participar activamente en el esfuerzo bélico, él mismo nunca había dominado completamente el método del marxismo y en ese momento estaba pasando por un proceso de desmoralización. Mientras estaba en prisión, las noticias de los juicios de Moscú le hicieron caer en la confusión sobre la naturaleza de la Unión Soviética. Por lo tanto, renovó su enfoque en la cuestión de la «democracia»

en abstracto, similar a la posición que mantenía antes de orientarse al marxismo. Esto afectó al contenido político de la propuesta de Chen, que equivalía a restringir el programa de los trotskistas a las luchas democráticas y nacionales.

La desmoralización de Chen avanzó aún más cuando anunció públicamente en 1937 que «ya no pertenecía a ningún partido ni organización», en un intento por forjar algún tipo de frente único entre los trotskistas y los partidos liberal-democráticos menores. A finales de la década de 1930, rompió completamente con los trotskistas chinos. A partir de entonces, vivió en la pobreza y abandonó la política, hasta que murió, aquejado de hipertensión y enfermedades cardíacas, en 1942.

¿DERROTISMO REVOLUCIONARIO?

Esta desunión sobre la cuestión de cómo orientarse ante la guerra con Japón empeoraría. Junto con la falta de un trabajo organizativo realmente unificado, provocó una enorme división dentro de la Liga Comunista. De hecho, algunos de los principales trotskistas chinos comenzaron a reforzar sus posiciones sectarias sobre la guerra, especialmente después de que Estados Unidos declarara la guerra a Japón en diciembre de 1941.

Una minoría significativa, liderada por Wang Fanxi, creía que, dado que el imperialismo estadounidense ahora respaldaba a China contra Japón, toda la naturaleza de la guerra había cambiado. Wang argumentaba que China ya no era una nación oprimida que luchaba por su liberación, sino un representante de Estados Unidos en su conflicto interimperialista con Japón. Por lo tanto, razonó que la posición de Chiang Kai-shek se parecía más a la del zar ruso en la Primera Guerra Mundial, lo que significaba que los revolucionarios ya no podían apoyar a ningún bando de la guerra. Zheng Chaolin consideró que esta era fundamentalmente la misma posición que había mantenido desde la invasión a gran escala de China por parte de Japón en 1937, por lo que se unió a la facción de Wang.

Pero en la guerra sino-japonesa, incluso cuando Estados Unidos apoyó a China, las masas chinas comprendieron claramente que estaban librando una lucha existencial como nación oprimida para evitar convertirse en una colonia japonesa. El hecho de que Estados Unidos tuviera su propio conflicto imperialista con Japón no alteraba la naturaleza de la lucha anticolonial por la independencia de los chinos. Incluso entre las capas avanzadas de la clase obrera, que ya tenían recelos hacia Chiang Kai-shek, derrotar al imperialismo japonés seguía siendo su máxima prioridad.

Wang Fanxi intentó adoptar una posición ligeramente menos burda pero





Izquierda: Edición de abril de 1937 de *Struggle*, producida por la Liga Comunista China. El artículo principal es un discurso de Trotsky sobre la Revolución Española.

Derecha: Un ejemplar de *Iskra* de 1936, el periódico oficial de la facción de oposición de izquierda dentro del PCCh, cuyo editor principal era Chen Dixiu en ese momento. De los seis artículos que aparecen en la portada, cuatro fueron escritos por Trotsky.



creíble a los ojos de las masas. Decir a las masas que el requisito previo para derrotar a los japoneses era derrocar al KMT, cuando no existía ninguna alternativa de masas que pudiera sustituir a la alianza entre el KMT y el PCCh, solo

podía ser percibido por las masas como una defensa de la suspensión del esfuerzo bélico hasta que apareciera un partido revolucionario de masas viable, como si Japón fuera a esperar amablemente a que se diera esa circunstancia. Había que luchar contra Japón *ahora*.

Aunque los que defendían estas posiciones eran una minoría dentro de las propias fuerzas trotskistas, eran muy influyentes y publicaban artículos en este sentido en algunas de las revistas teóricas oficiales de los trotskistas chinos. Hasta el día de hoy, el PCCh utiliza estos artículos como prueba de que los trotskistas eran traidores.

FUERZAS DISPERSAS

Aunque la mayoría en torno a Peng Shuzhi no estaba de acuerdo con estas posiciones, ellos mismos estaban dispersos por todo el país. Por lo tanto, tuvieron que actuar en gran medida por su cuenta, con fuerzas aún más reducidas.

En Shanghai, donde se encontraba el centro nacional, las oleadas de detenciones y el gran éxodo de trabajadores que huían de la ciudad por los japoneses dejaron inactivas las células. En Hong Kong, los trotskistas entraron en las fábricas y reclutaron gradualmente a trabajadores individuales. Sin embargo, cuando los japoneses ocuparon Hong Kong, seguían siendo un pequeño grupo y todos se vieron obligados a huir a otros lugares.

Zhongshan y Wenzhou fueron dos lugares de trabajo más exitosos. En ambos casos, el éxito se debió a que se centraron en los jóvenes. En Zhongshan,

los trotskistas crearon un grupo juvenil llamado «Cuerpo de Servicio Juvenil en Tiempo de Guerra», que organizaba a los estudiantes para que viajaran a las aldeas a agitar a favor del esfuerzo bélico, así como grupos de lectura que incluían literatura trotskista. Los trotskistas de Wenzhou, que comenzaron con un puñado de compañeros profesores, reclutaron a sus alumnos a través de grupos de lectura y comenzaron a extender su influencia por varias escuelas secundarias.

Desgraciadamente, incluso allí donde estaban avanzando, los trotskistas chinos solían trabajar como fuerzas minúsculas abandonadas a su suerte. A menudo sufrían una severa represión por parte del KMT y los japoneses, que destruían el trabajo que habían construido. Los estalinistas colaboraron activamente en esta represión, a menudo pasando información sobre los trotskistas y sus actividades a las autoridades.

En tal situación, la mayoría en torno a Peng Shuzhi y la minoría en torno a Wang

« El grave error de ambas facciones trotskistas fue adoptar el análisis de Trotsky de manera unilateral, sin aplicarlo concretamente a las condiciones que existían en China y a nivel internacional después de la Segunda Guerra Mundial. »

igualmente abstracta que la de Zheng Chaolin, a la que denominó «victorismo revolucionario». Así explicaba su idea basándose en su interpretación del artículo de Trotsky de 1937:

«La política revolucionaria victorista de Trotsky y los trotskistas chinos se derivaba del hecho de que la guerra chino-japonesa era parte de las secuelas de la derrota de la Revolución China de 1925-1927. Esto se basaba en la premisa de que el régimen corrupto, degenerado y en constante retroceso del Kuomintang no podía derrotar realmente a los agresores japoneses, y que la forma más fiable y segura de derrotar a los invasores japoneses era organizar a los trabajadores y campesinos bajo su propia bandera política.»¹¹

Wang afirmaba que los trotskistas debían decirle a las masas chinas: el KMT es demasiado corrupto y servil para derrotar a los japoneses. Para alcanzar la victoria, los trabajadores y los campesinos deben organizarse y derrocar primero al KMT.

En abstracto, todo esto parecía cierto. De hecho, si los trotskistas ya hubieran conquistado a la vanguardia de la clase obrera, habría sido la posición correcta a adoptar. El problema era que, aunque el objetivo general de esta política era correcto, todavía no existía una alternativa viable al «Frente Único» del KMT y el PCCh como fuerza dirigente de la resistencia, por muy inepto y odiado que fuera el KMT.

Como fuerza de unos pocos cientos de personas en un país con cientos de millones de habitantes, los trotskistas chinos estaban muy lejos de ser una alternativa

Fanxi llevaron a cabo una encarnizada lucha fraccional en 1942. Esto dio lugar a una escisión en la que la mayoría de Peng declaró que la minoría había «abandonado la organización» al publicar sus propios periódicos. Las fuerzas del trotskismo chino se dividieron así una vez más, para no volver a unificarse jamás.

LA VICTORIA DE MAO

Tras la derrota de Japón en 1945 se abrían nuevas oportunidades y retos. Pero, por desgracia, los trotskistas chinos cometerían una serie de graves errores de perspectivas en este periodo. Fundamentalmente, no entendieron cómo medir concretamente el equilibrio de fuerzas, especialmente después de la guerra.

Cuando se reanudaron los combates entre los ejércitos del KMT y del PCCh en el verano de 1946, el trotskismo chino existía *de facto* como dos organizaciones separadas con publicaciones separadas, pero ambas reivindicaban su lealtad a la Cuarta Internacional de Trotsky.

Las dos facciones mantuvieron amargas disputas sobre una serie de cuestiones políticas y tácticas, y cada una tildaba a la otra de «oportunistas», «sectaria», etc. Sin embargo, en un punto importante compartían la misma perspectiva: ambas esperaban que el KMT derrotara al PCCh. De hecho, consideraban esta predicción como algo inevitable.

En 1947, Peng Shuzhi, líder de la facción mayoritaria, escribió:

«Mostramos nuestra más profunda simpatía por la guerra librada por los ejércitos campesinos estalinistas,

aunque nunca dejamos de señalar que su derrota fue, es y será causada por las traicioneras políticas del partido y del Kremlin».¹²

En una respuesta publicada en 1948, Wang Fanxi, miembro de la minoría, escribió:

«Como guerra campesina, la guerra civil tiene un carácter progresista por parte de los campesinos; pero, como mera guerra campesina, carece de perspectiva alguna y está incluso condenada al fracaso debido al dominio estalinista».¹³

Su perspectiva se basaba exclusivamente en una interpretación mecánica del análisis de Trotsky sobre China en los años veinte y treinta, y de su teoría de la revolución permanente.

Trotsky explicó en numerosas ocasiones que las tareas democráticas de la revolución china no podían ser llevadas a cabo por la burguesía china y, por lo tanto, sólo podían resolverse mediante la dictadura del proletariado en alianza con el campesinado, como en Rusia. La revolución democrático-burguesa en China «derivaría» así en la revolución socialista.

Además, basándose en la catastrófica derrota de la revolución de 1925-27 y en el papel de la Comintern, Trotsky también explicó que el oportunismo orgánico y el colaboracionismo de clases del estalinismo eran una receta para la derrota: o bien el Partido Comunista capitulaba ante Chiang Kai-shek, o bien ante la burguesía en general. En 1932 escribió:

«En las condiciones actuales la guerra campesina aislada, sin el liderazgo directo de la vanguardia proletaria, sólo podrá traspasar el poder a alguna

nueva camarilla burguesa, a tal o cual Kuomintang “de izquierda”, a un “tercer partido”, etcétera, que en la práctica se diferenciará muy poco del Kuomintang de Chiang Kai-shek.»¹⁴

El grave error de ambas facciones trotskistas fue adoptar el análisis de Trotsky de manera unilateral, sin aplicarlo concretamente a las condiciones que existían en China y a nivel internacional después de la Segunda Guerra Mundial.

Esto significó que los trotskistas chinos insistieron obstinadamente en que Mao no podía derrotar al KMT, incluso cuando el ejército campesino del PCCh cruzó el río Amarillo en junio de 1947, lanzó una campaña masiva contra los ejércitos del KMT en desintegración a partir de finales de 1948 y cruzó el río Yangtsé en abril de 1949.

Desde el Yangtsé, el ejército de Mao (ahora llamado Ejército Popular de Liberación, EPL) arrasó el resto de China, mientras que las fuerzas del KMT abandonaban frenéticamente una ciudad tras otra y se retiraban a Taiwán. Mao proclamó la fundación de la República Popular China desde la plaza de Tiananmen el 1 de octubre de 1949.

TED GRANT

Esta rápida sucesión de acontecimientos conmocionó al mundo. Como explicó más tarde Wang Fanxi:

«La rapidez con la que se derrumbó el edificio (del KMT) no solo conmocionó al régimen de Chiang Kai-shek y a sus amos en Washington, sino que también sorprendió a Stalin. En cierta medida, incluso fue inesperado para Mao Zedong. Huelga decir que



Mao Zedong proclamando la creación de la República Popular China, 1 de octubre de 1949

nosotros, los trotskistas chinos, tampoco lo esperábamos».¹⁵ Más tarde, en 1951, en un intento tardío por comprender lo que había sucedido, Peng Shuzhi reveló la perspectiva mecánica que era común entre todos los trotskistas chinos antes de la revolución:

«Los trotskistas sostenían que el derrocamiento del régimen burgués del KMT solo era posible si la clase obrera urbana se levantaba y lideraba a todos los oprimidos y explotados del país, especialmente a las masas campesinas, llevaba adelante una lucha persistente y, finalmente, provocaba una insurrección armada. No era posible derrocar al régimen burgués confiando exclusivamente en las fuerzas armadas campesinas porque, en las condiciones actuales de la sociedad, el campo está subordinado a las ciudades y los campesinos solo pueden desempeñar un papel decisivo bajo la dirección de la clase obrera. Pero la realidad a la que nos enfrentamos ahora es exactamente la contraria: fue un partido estalinista que confiaba exclusivamente en las fuerzas armadas campesinas el que destruyó el antiguo régimen y tomó el poder.

Esta contradicción extrema entre los «hechos» y la «concepción tradicional» provocó en primer lugar confusión y disputas entre los camaradas chinos».¹⁶

La única figura de la Cuarta Internacional que logró hacer un análisis claro y correcto de este proceso fue Ted Grant. En un artículo publicado en enero de 1949, nueve meses antes de que el PCCh tomara el poder, predijo que el PCCh bajo Mao no solo tomaría el poder, sino que incluso derrocaría el capitalismo, modelando su régimen según la burocracia estalinista de la Unión Soviética.

Esto no refutaba en absoluto la teoría de la revolución permanente, sino que era la realización de la revolución permanente en una forma distorsionada, surgida de las peculiares circunstancias que se habían producido tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, que no estaban presentes en la década de 1930.

En primer lugar, el poder y el prestigio de la Unión Soviética se vieron enormemente reforzados al final de la guerra. Como resultado, el PCCh obtuvo un enorme impulso en sus fuerzas militares, así como en su autoridad entre las masas de China. A esto se sumó el hecho de que el PCCh controlaba directamente vastas extensiones de territorio como resultado de su combate contra el KMT y los japoneses.

Otra característica importante de la situación internacional de la época era

que la mayoría de las antiguas potencias imperialistas habían quedado destrozadas. Mientras tanto, el imperialismo estadounidense, que había surgido como la potencia imperialista dominante, no era capaz de intervenir de forma decisiva en ese momento.

Por último, estaba el estado de decadencia extrema de la burguesía china y su régimen. El KMT estaba podrido, agotado y en gran medida desmoralizado. Aunque Mao intentó durante un breve periodo de tiempo conciliar con Chiang, el ejército del KMT se desintegró en gran medida ante el EPL de Mao, que prometía tierras a los soldados campesinos que se unieran a él. La burguesía huyó en masa y el PCCh avanzó fácilmente para tomar el poder por su cuenta.

Ted Grant escribió en la primavera de 1949:

«El movimiento campesino debe encontrar una dirección en las ciudades, bien en la burguesía o en el proletariado. Cuando es en la burguesía, tenemos por supuesto un proceso capitalista; cuando es el proletariado el que toma la dirección, tenemos la revolución socialista. En China nos encontramos con una variante peculiar de este último caso, en la que el movimiento campesino tiene una dirección centralizada en forma de partido estalinista, que tiene sus raíces en Moscú. Basándose en el campesinado, entra en las ciudades no con el objetivo y la perspectiva de un genuino partido comunista, sino con el objetivo de establecer su poder

maniobrando entre las clases. Y lo hace transfiriendo su base social al proletariado, no como el representante directo del proletariado, como haría un Partido Bolchevique, sino de una manera bonapartista.»¹⁷

Continuó:

«El estalinismo propone formar una coalición en unas condiciones donde la burguesía está hecha añicos, intenta contraponer a la burguesía frente al peligro de un proletariado insurgente. De este modo, la coalición que los estalinistas están proponiendo en China no significará la victoria, ni siquiera la supervivencia, de la burguesía. Será utilizada para conseguir un margen de maniobra para la organización de una maquinaria estatal bonapartista y estalinista, en las líneas de Moscú.»¹⁸

Esto es precisamente lo que ocurrió tras la toma del poder por parte del PCCh en octubre. Gracias a su dominio del método dialéctico del marxismo, Ted Grant fue capaz de ver la realidad tal y como se desarrollaba, no repitiendo dogmáticamente fórmulas abstractas, sino enriqueciendo las conclusiones generales de la teoría marxista y aplicándolas de forma concreta.

Basándose en este método, incluso fue capaz de predecir en 1949 que, dado que el PCCh tomaría el poder sobre una base de masas independiente de Moscú, los dos regímenes acabarían enfrentándose por los intereses nacionales conflictivos de sus respectivas burocracias. Todo esto se



Sello postal conmemorativo de la amistad chino-soviética, 1950

hizo realidad con la ruptura sino-soviética a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta.

DESORIENTACIÓN

Si los trotskistas chinos hubieran compartido la perspectiva de Ted Grant, se podrían haber hecho preparativos antes de la victoria del PCCh para reagrupar las fuerzas del marxismo genuino. Lamentablemente, no lo hicieron, por lo que cuando Mao tomó el poder, tuvieron que retroceder apresuradamente.

Solo una minoría de ellos logró huir a Hong Kong y Macao. Un gran número de ellos se quedó atrás, solo para ser arrestado cuando el EPL avanzó por China. Muchos otros fueron capturados en 1952, cuando Mao lanzó la «gran purga antitrotskista» en toda China en su intento de consolidar la posición de la burocracia del PCCh, así como para complacer a Stalin.

La toma del poder por parte de Mao no hizo más que aumentar la confusión y la desorientación entre los trotskistas chinos. Durante un tiempo después de 1949, el Partido Comunista Revolucionario de China de Peng mantuvo que el gobierno de Mao no era más que un nuevo régimen bonapartista burgués, plagado de contradicciones, y que estaba empujando a China hacia la participación en una tercera guerra mundial.¹⁹

Wang Fanxi, por otro lado, adoptó la teoría del «colectivismo burocrático» de Max Shachtman, que consideraba los regímenes estalinistas como una nueva

forma de sociedad de clases, llegando a la conclusión de que los revolucionarios no debían defender estos regímenes contra la agresión imperialista.²⁰ Solo años más tarde Wang abandonó esta confusa idea.

Tampoco se podía esperar ninguna aclaración por parte de la dirección de la Cuarta Internacional, que tenía el mismo enfoque mecánico. James Cannon, líder del Partido Socialista de los Trabajadores en Estados Unidos, no reconoció que el capitalismo había sido derrocado en China hasta 1955.

Por el contrario, Ted Grant celebró inmediatamente la Revolución China como el segundo acontecimiento más importante de la historia después de la Revolución Rusa. Sin embargo, aunque acogió con satisfacción la revolución, Grant advirtió que la naturaleza estalinista del régimen del PCCh —su completa falta de democracia obrera, la existencia de una burocracia privilegiada y su perspectiva de «socialismo en un solo país»— acabaría amenazando los logros de la revolución. Grant advirtió que, en lugar de un socialismo genuino, se produciría:

«... hay que insistir en que debido a la dirección de los estalinistas de este proceso sólo saldrá una horrible caricatura de la concepción marxista. [...] Sin duda, conseguirá un tremendo avance económico. Pero las masas, tanto obreras como campesinas, serán esclavizadas por la burocracia.»²¹

A menos que los trabajadores de China tomaran el poder mediante una segunda revolución —política—, en cierta etapa una capa de la burocracia se vería incentivada a restaurar el capitalismo. Por lo tanto, las ideas de Trotski sobre China, ideas marxistas genuinas, conservaban toda su relevancia como el único medio de salvaguardar los logros de la revolución mediante la preparación de las fuerzas para liderar dicha revolución política.

Con estas ideas, los mejores elementos del trotskismo chino podrían haber comenzado la ardua tarea de reconstruir sus fuerzas y presentar las ideas genuinas del marxismo en China. Sin embargo, dada su incapacidad para comprender los acontecimientos que se estaban produciendo y su falta de una perspectiva unificada, los trotskistas chinos, dispersos y reprimidos, se extinguieron en la China continental en la década de 1950.

A partir de entonces, los trotskistas chinos se convirtieron en una fuerza marginal que perduró en Hong Kong durante unas décadas y sufrió nuevas divisiones internas. Hoy en día, todas las organizaciones que descendían directamente de la Liga Comunista de China original han desaparecido por completo.

LEGADO

Aunque este artículo se ha centrado en los principales errores teóricos que cometieron los trotskistas chinos en sus tres décadas de actividad, reconocemos que estos camaradas estaban construyendo en condiciones increíblemente complicadas y difíciles. La mayoría de ellos se vieron abocados a esta situación con muy poco tiempo y material para formarse en las ideas marxistas genuinas. Lo único que tenían era un ardiente deseo de liberar a la humanidad y la voluntad de superar todos los obstáculos.

Entre los mejores de ellos, no había ni una pizca de desdén por la teoría. Como se ha dicho, tradujeron y produjeron con ahínco al chino los materiales teóricos que pudieron encontrar y los estudiaron cuidadosamente. Sin embargo, por desgracia, ninguno de ellos fue capaz de estar a la altura de los inmensos retos políticos a los que se enfrentaron en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial.

Hoy en día, las ideas de Trotski no han perdido ni un ápice de su relevancia para China. El capitalismo se ha restaurado, bajo el liderazgo del PCCh, mientras que cientos de millones de proletarios y campesinos chinos son oprimidos y explotados por su burguesía nacional.

La importancia de la futura revolución china para el mundo será aún mayor que la anterior. China es ahora la segunda potencia imperialista más poderosa del mundo y alberga al proletariado más grande del mundo.

Un mes antes de su asesinato a manos de un agente estalinista, Trotski recibió la noticia de que la traducción al chino de su *Historia de la Revolución Rusa* estaba a punto de publicarse. Trotski describió la recepción de esta noticia como «una fiesta para mí» y comenzó a escribir un prefacio para esta edición. Trágicamente, el prefacio no pudo terminarse antes de la prematura desaparición de Trotski, pero en el borrador conservado por su compañera Natalia Sedova encontramos la siguiente observación:

«Sólo los revolucionarios templados, enriquecidos por la experiencia del pasado, estarán en condiciones de elevarse a los niveles de los grandes hechos. El pueblo chino está destinado a ocupar el primer lugar en los futuros destinos de la humanidad.»²²

Los trotskistas chinos asumieron valientemente su deber como revolucionarios, pero debido a circunstancias trágicas no pudieron alcanzar el éxito. Corresponde a los sucesores de su valor revolucionario terminar la lucha. ■

Referencias en línea
americasocialista.org/amsoc41
o escanea el código QR



SOCIALIST APPEAL

Núm. 66 ENERO DE 1949

El siguiente es un extracto de un artículo escrito por **Ted Grant** en enero de 1949, cuando el Ejército Popular de Liberación de Mao estaba obteniendo victorias en todo el norte de China. Volvemos a publicar este artículo porque anticipó los procesos que conducirían a la toma del poder por parte de Mao y al derrocamiento del capitalismo en China.

Con el espectacular avance del Ejército Rojo chino, los diplomáticos del Departamento de Estado estadounidense y del Foreign Office británico están discutiendo seriamente la posibilidad del colapso total del régimen de Chiang Kai-Shek. Toda la prensa capitalista escribe artículos sombríos sobre la perspectiva de que el norte de China, pasando por el centro hasta el Yangtsé, caiga bajo el dominio estalinista.

En tres años hemos tenido el colapso del imperialismo japonés, el Ejército Rojo ha conquistado Manchuria y la mayor parte del norte de China. La capital china, Nanking, junto a la ciudad más rica de China, Shangai, que cuenta con una población de cinco millones de personas, están cayendo rápidamente bajo el dominio del Ejército Rojo. El territorio que dominan ya los estalinistas tiene una población superior a los 170 millones de personas.

Los capitalistas británicos, con unas inversiones en China que ascienden a 450 millones de libras, están consternados ante la perspectiva de perder este terreno de inversión tan lucrativo. El imperialismo estadounidense, cuya esfera de influencia china decayó con el despertar de otras potencias imperialistas durante la guerra, ha dado al gobierno del Kuomintang una ayuda valorada en 3.000 millones de

dólares, un intento inútil de salvaguardar a China para la explotación imperialista.

Pero los imperialistas estadounidenses ahora se dan cuenta de que conceder más ayudas simplemente significa tirar el dinero. Con todas las ventajas y técnicas militares a su favor, en las primeras etapas de la guerra civil que siguió a la guerra mundial, el Kuomintang ha sufrido una derrota tras otra. El régimen del Kuomintang, bajo el dominio dictatorial de Chiang Kai-Shek, representa a los terratenientes feudales y a los capitalistas. Está controlado por una camarilla militar completamente corrupta que oprime a los trabajadores y campesinos, y que al mismo tiempo saquea a sus maestros.

EL AUGE DE CHIANG

Chiang Kai-shek llegó al poder después de la derrota de la revolución china de 1925-27, donde jugó el papel de principal carnicero de la clase obrera. Lo consiguió gracias a la política de Stalin y Bujarin, y a la dirección del Partido Comunista Chino.

Su política entonces fue la de formar un bloque con los terratenientes, capitalistas y señores de la guerra feudales chinos, supuestamente para defender la lucha contra el imperialismo. En consecuencia, sabotearon los intentos de tomar las fábricas de los trabajadores y los intentos de los campesinos de ocupar las

EL PROGRAMA AGRARIO ESTALINISTA SE GANA A LOS CAMPESINOS

LOS RECLUTAS DE CHIANG ATADOS CON CUERDAS PARA EVITAR QUE HUYAN



El Ejército Popular de Liberación en octubre de 1948 celebrando su victoria tras el asedio de cuatro meses a Changchun, la ciudad más grande de Manchuria y uno de los cuarteles generales del ejército de Chiang.

tierras. Un ministro de trabajo «comunista» sabotó las huelgas y castigó a los huelguistas. Un ministro de agricultura «comunista» ordenó disparar a los campesinos que intentaban tomar la tierra. [...]

EL CORRUPTO RÉGIMEN DE CHIANG

En el período entreguerras el régimen de Chiang acumuló cada vez más cargas sobre los hombros de los trabajadores y campesinos. En algunas zonas los funcionarios locales corruptos cobraban impuestos a los campesinos *con ochenta años de anticipación*.

Había un despilfarro constante de riqueza en gastos militares y el débil régimen del Kuomintang demostró ser incapaz de llevar a cabo una lucha revolucionaria contra las incursiones del imperialismo japonés.

El régimen de Chiang se dedicó a implantar una política de terror y robo. En dos décadas degeneró completamente de arriba a abajo y perdió prácticamente la mayor parte del apoyo que tenía entre la clase media.

LA SITUACIÓN CAMBIADA POR LA GUERRA

Después del colapso de Japón, con cierta ayuda del Ejército Rojo en Manchuria que ayudó a los estalinistas a capturar las municiones japonesas, una gran parte de Manchuria y del norte cayó en manos de los estalinistas.

El Ejército Rojo chino había llevado a cabo una guerra de guerrillas contra el militarismo japonés durante la guerra y después del colapso japonés se quedó en una posición estratégica para capturar algunas zonas del país. Incluso durante la guerra la principal preocupación de Chiang era el peligro social en casa, cómo ocuparse de los estalinistas y los trabajadores, no estaba claro que Japón cayera derrotado y es bastante probable que hubiera capitulado y llegado a un compromiso con el imperialismo japonés.

UN RÉGIMEN MORIBUNDO

El imperialismo estadounidense ayudó a Chiang con municiones y otros suministros, incluso con la intervención militar directa en el transporte

de tropas del Kuomintang a Manchuria y el norte de China, en concreto la flota y fuerza aérea estadounidenses. Chiang al principio consiguió algunos éxitos, pero todo fue en vano. Estaba al mando de un régimen moribundo más arcaico que incluso el régimen zarista ruso. El régimen estaba tan corrompido que una gran parte de los suministros eran vendidos por los funcionarios a los ejércitos estalinistas a cambio de oro, los ministros y funcionarios del gobierno de Chiang se quedaban con una gran parte de los dólares que EE UU enviaba para la guerra. Sólo una pequeña parte de los suministros y municiones llegaban a las tropas nacionalistas que se encontraban en el frente.

Los oficiales del ejército intrigaban entre sí, como ocurre en todos los regímenes condenados. Chiang, por ejemplo, privó de municiones al general Fu Tso Yi, el único general destacado que realmente tenía capacidad en el ejército nacionalista, por temor a que pudiera sustituirle. A los generales les superó la estrategia y las tácticas del Ejército Rojo.

LAS CUESTIONES SOCIALES

Sin embargo, la razón principal para la victoria de los estalinistas chinos en seguida las abordó Mao Zedong: *las cuestiones sociales*. La «tierra para los campesinos», como en la Revolución Rusa, fue el toque de difuntos para los terratenientes feudales y su régimen corrupto. En gran medida los estalinistas chinos han realizado una revolución agraria. [...]

«ATADOS»

Incluso el *News Chronicle* (11/12/1948) tiene que admitir lo siguiente:

«Existe descontento entre las filas del ejército nacionalista. Los soldados rasos de Chiang reciben cinco peniques al mes.

En algunas aldeas a los reclutas se les ata en el camino que va hacia los barracones y cuando viajan en tren las puertas de los vagones están selladas para que no puedan escapar».

Naturalmente desertaban con sus armas y cuando se encontraban con el programa agrario de los estalinistas desertaban divisiones militares enteras. [...]

LOS TRABAJADORES SON PASIVOS

Uno de los hechos más destacados de la situación china es la *relativa pasividad de la clase obrera*. Es verdad que como resultado del colapso de los ejércitos de Chiang estallaron huelgas en las grandes ciudades: Shangai, Cantón, Hankow y Nanking, a pesar de las condiciones represivas. Sin embargo, está claro que cuando los estalinistas avancen hacia las grandes ciudades del Yangtsé, los trabajadores, debido a la ausencia de una alternativa de masas, sólo podrán reunirse alrededor de su bandera. Los trabajadores nunca apoyarán al régimen de Chiang Kai shek.

Todo trabajador socialista apoyará con entusiasmo la destrucción del capitalismo feudal en esta importante zona de Asia, incluso aunque se lleve a cabo bajo la dirección del estalinismo. Sus *implicaciones a largo plazo* son tan importantes como la propia Revolución de Octubre.

DOS CARAS DE LA MISMA MONEDA

Al mismo tiempo que se apoya la destrucción del feudalismo en China, hay que insistir en que debido a la dirección de los estalinistas de este proceso sólo saldrá una horrible caricatura de la concepción marxista. No es una verdadera democracia, sino un régimen totalitario tan brutal como el de Chiang Kai Shek. Como ha ocurrido con los regímenes de Europa del Este, Mao verá en Rusia a su modelo. Sin duda, conseguirá un tremendo avance económico. Pero las masas, tanto obreras como campesinas, serán esclavizadas por la burocracia.

Los estalinistas están incorporando a su régimen a antiguos militaristas feudales, elementos capitalistas y oficialidad burocrática de las ciudades que ocuparán puestos de privilegio y poder. [...]



Ted Grant en 1949

«... la razón principal para la victoria de los estalinistas chinos en seguida las abordó Mao Zedong: *las cuestiones sociales*. »

El hecho de que los trabajadores y los campesinos no tengan ningún control democrático y que la tiranía totalitaria se haya sobreimpuesto a la barbarie asiática y crueldades del antiguo régimen, provoca la existencia de esta posibilidad. Sin embargo, parece probable que los elementos capitalistas sean derrotados debido a la tendencia histórica a la decadencia del capitalismo mundial. La impotencia del imperialismo mundial se puede ver en que mientras intervino directamente contra la Revolución China de 1925-27, hoy ve impotente el colapso del régimen de Chiang.

Sin embargo, es bastante probable que Stalin tenga en sus manos a un nuevo Tito. Los comentaristas capitalistas astutos ya están especulando sobre esta posibilidad, aunque sólo les proporcione un gélido alivio. Mao tendrá una base poderosa en China, con sus 450-500 millones de habitantes y sus recursos potenciales, y con el apoyo indudable de las masas con el que contará su régimen en las primeras etapas. Así que los nuevos conflictos y enfrentamientos serán de ayuda para que la clase obrera mundial comprenda la verdadera naturaleza del estalinismo.

EL EQUILIBRIO DE FUERZAS HA CAMBIADO

El equilibrio de fuerzas mundial está cambiando de forma decisiva. El efecto de la

revolución china, por muy distorsionado que sea, preparará inevitablemente el camino para los levantamientos en una Asia ya asolada por las guerras coloniales de independencia y las guerras civiles entre las clases de la sociedad asiática. El imperialismo se verá irremediablemente debilitado.

Hace muchas décadas, Marx escribió que la revolución en China podría presagiar el colapso del capitalismo en Europa. El editorialista del *Daily Telegraph*, el 30 de noviembre de 1948, escribió con aprensión sobre su efecto en Europa occidental:

«Incluso la derrota de los esfuerzos comunistas por controlar Europa occidental difícilmente podría compensar la pérdida de China, con su inmensa población y, en Manchuria, su valioso potencial industrial».

En Shanghái, Cantón y otras grandes ciudades, los trotskistas han establecido grupos entre los trabajadores con bastante influencia en algunos de los sindicatos ilegales. Se mantienen fieles a los principios de Marx y Lenin. Están estableciendo la tradición del movimiento marxista que, a largo plazo, conducirá al derrocamiento por medios revolucionarios del régimen burocrático del estalinismo y al establecimiento de un Estado obrero sano en el que el control democrático estará en manos de las masas. ■

EL HOMBRE QUE AMABA A LOS PERROS

Un clásico moderno sobre el asesinato de León Trotski



La novela histórica de Leonardo Padura *El hombre que amaba a los perros* entrelaza de manera brillante las vidas de León Trotski y su asesino Ramón Mercader, a través del personaje ficticio del escritor Cubano Iván Maturell. Esta reseña de **Alan Woods**, escrita en el momento de la publicación del libro en inglés en 2014, aborda algunos de los procesos políticos importantes que se reflejan en la historia.

La publicación en inglés de *El hombre que amaba a los perros* por el autor cubano Leonardo Padura es un acontecimiento literario y político importante. Leí esta excepcional novela cuando salió en lengua española y me produjo una profunda impresión. Tenía la intención de escribir una reseña entonces, pero no me fue posible hacerlo por una combinación de circunstancias. Con el mayor de los placeres ahora voy a rectificar esta omisión.

Nacido en La Habana, Cuba, en 1955, Leonardo Padura es un gran novelista, así como periodista y crítico. Es autor de varias novelas, libros de cuentos y varias colecciones de no ficción¹. Sus novelas protagonizadas por el detective Mario Conde se han traducido a muchos idiomas y han ganado premios literarios en todo el mundo.

Padura es más conocido por sus novelas policíacas, pero *El hombre que amaba a los perros* pertenece a un ámbito

completamente diferente. En mi opinión, con razón, puede ser considerado como un clásico moderno, una combinación de la minuciosa investigación histórica y de la creatividad de un novelista de primer orden.

El título intrigante es el producto de un recurso literario a través del cual el autor intenta vincular los destinos separados de los tres personajes principales: el escritor cubano Iván Cárdenas Maturell, el gran revolucionario ruso León Trotski

Enfrente: Ramón Mercader en el tejado de una comisaría de policía en Ciudad de México tras el asesinato de León Trotsky

Trotsky en su despacho, México

y su asesino, Ramón Mercader. El hombre que amaba a los perros es este último mencionado. Que hubiera existido o no un vínculo estrecho con la especie canina es, naturalmente, algo bastante irrelevante para el tema central del libro, en la mejor tradición de la novela histórica, Padura combina hechos históricos con la invención creativa artística.

CRIMEN Y CASTIGO

La historia gira en torno a un personaje de ficción, Iván Cárdenas Maturell, que en su juventud fue un escritor prometedor cubano hasta que un día cayó en desgracia con los censores estalinistas, los cuales declararon que una de sus historias era contrarrevolucionaria. Su carrera está bloqueada por una capa de burócratas, arribistas y oportunistas, y se ve obligado a ganarse una existencia miserable como corrector de textos en una revista de veterinaria. Al comienzo de la novela nos lo encontramos en el funeral de su esposa, un hombre desilusionado y roto que vive en una casucha destartada con goteras y cuyo único consuelo está en su perro mascota.

Mientras que contempla la muerte de su mujer, comienza a mirar a su vida pasada, y recuerda el momento de una extraordinaria coincidencia. Una tarde, en 1977, dando una vuelta en una playa, se encuentra con un misterioso extranjero que pasea a sus dos perros *borzoi* rusos – una raza prácticamente desconocida en la isla-. El interés común en los perros es el punto de partida de una conversación en la que el hombre que amaba a los perros se presenta como Jaime López, un español de edad avanzada que vive en La Habana.

El hombre resulta ser Ramón Mercader, el estalinista catalán y agente de la GPU que, por orden personal de Stalin, asesinó a León Trotsky, el hombre que, junto con Lenin, lideró la Revolución de Octubre en Rusia. Tras cumplir una condena de veinte años en una prisión mexicana, Mercader fue finalmente liberado en 1960, cuando viajó por primera vez a La Habana. Un año más tarde, en 1961, se trasladó a Moscú, donde sus jefes del Kremlin lo condecoraron como «Héroe de la Unión Soviética».

Sin embargo, Mercader no estaba destinado a disfrutar de los frutos de su crimen. Incluso la condecoración tuvo que hacerse en secreto, ya que sólo unos pocos años antes Jruschov había denunciado a Stalin como criminal y asesino de masas.



Comprometido al silencio hasta el final de sus días, Mercader vivió una existencia sombría en Moscú, sin poder emigrar al extranjero y bajo la atenta mirada de la KGB, hasta que finalmente se le permitió ir a La Habana, cuando sufría de un cáncer terminal, donde murió en 1978, en la más completa oscuridad.

Estos son los hechos conocidos. Pero en torno a estos pocos hechos, Padura teje una compleja, pero convincente, trama que mezcla la realidad con la ficción, pasando sin problemas de la primera a la segunda de tal manera que el lector pronto se olvida de que está utilizando su imaginación para llenar los huecos. Al principio, el dueño de los perros borzoi afirma haber sido amigo del hombre que asesinó a León Trotsky. ¿Podría él ser el infame Mercader? Hasta el final, Iván y el lector, se mantienen en la duda.

En ningún momento el misterioso Jaime López admite explícitamente que él y Ramón Mercader son una y la misma persona, pero en el proceso de revelación gradual emerge una historia extraordinaria. Las dudas se resuelven finalmente cuando, después de la muerte del hombre que se hace llamar Jaime López, Iván recibe un paquete que contiene la biografía de Mercader. Impulsado por algún deseo interno, el asesino siente la necesidad de hablar desde el más allá de su pasado a un completo desconocido, cuyo único punto en común es que éste ama a los perros.

A primera vista, parece muy poco probable este escenario. Pero el funcionamiento de la psique humana es complejo y Padura muestra un considerable conocimiento de estas complejidades. Se sabe que una conciencia culpable puede llevar a un criminal a relatar sus crímenes a un investigador policial, y que este hecho puede ser utilizado por un interrogador hábil para obtener la confesión deseada. El hecho de que Mercader sabía que

estaba muriendo añade peso a esta suposición psicológica.

Tal vez ha sido la experiencia del autor como escritor de novela negra lo que le haya ayudado a lograr esta percepción psicológica. El gran escritor ruso Dostoievski mostró el mismo tipo de conocimiento cuando trató de la psicología del asesino Raskolnikov en su novela más famosa, *Crimen y castigo*. De hecho, hay ciertos paralelismos entre estas dos obras. En las obras estándar de la novela policíaca, la identidad del asesino sólo se revela al final. El interés radica, precisamente, en el descubrimiento gradual de la identidad del asesino. Pero en la novela de Dostoievski, la identidad del asesino es conocida desde el principio. El interés aquí es de otro tipo: se encuentra en la revelación gradual de la psicología del crimen y del castigo.

Hace mucho tiempo, el famoso poeta inglés Coleridge hablaba de esa «suspensión voluntaria de la incredulidad» como condición previa para el disfrute de la poesía, y Padura asegura precisamente eso. Fue, sin duda, la necesidad de expiar su culpa lo que obliga a Mercader a describir su vil crimen a un completo desconocido. Consigue convencer al lector de que un encuentro tan improbable como este, de hecho, tiene lugar; que el escritor Iván, de hecho, existe y que los acontecimientos extraordinarios en la novela son hechos y no ficción.

UNA OBRA DE MUCHOS NIVELES

Desde el punto de vista de la técnica literaria, Padura muestra gran habilidad vinculando entre sí los acontecimientos de la vida de Iván en Cuba, los primeros años de Mercader en España y Francia, y el exilio de Trotsky. Padura traza muy a conciencia la vida de Trotsky desde la Revolución de Octubre, a través de la Guerra Civil, cuando lideró el Ejército Rojo

a la victoria contra 21 ejércitos de intervención extranjera, la lucha de la Oposición de Izquierda contra la burocracia estalinista, y los largos años de exilio en Turquía, Francia, Noruega y, finalmente, México. La vida de Trotski está bien documentada y la versión de Padura se apega a los hechos muy de cerca.

Padura cuenta toda la historia de la batalla de Trotski con Stalin y el estalinismo, su exilio de la URSS y, finalmente, su asesinato. Pero es una obra de muchos niveles, que entreteje una serie de hilos relacionados pero distintos. El primero es la historia de Iván Cárdenas Maturell. En segundo lugar están la vida de Trotski y la de Mercader, la Guerra Civil española, el siniestro funcionamiento de la GPU de Stalin y, por último, pero no menos importante, el problema de la burocracia y la reverberación del estalinismo en la propia Cuba.

Tampoco es difícil de creer que el personaje de ficción, Iván, se basa en las experiencias reales que Padura ha tenido él mismo o ha observado en otros. Él es realmente la personificación de toda una generación de jóvenes intelectuales cubanos que se entregaron en cuerpo y alma a la Revolución, que lucharon, trabajaron e hicieron sacrificios para asegurar su éxito, pero que terminaron decepcionados e indignados por el estalinismo, que convirtió los ideales de la Revolución en una caricatura burocrática.

Aquí, como en toda la verdadera gran literatura, lo particular está firmemente

ligado a lo general: la vida de los individuos se interconecta con los destinos de la Revolución y de la contrarrevolución. Estos no son los personajes de cartón que normalmente nos encontramos en la ficción popular, sino hombres y mujeres de carne y hueso. Sin embargo, sus vidas individuales están inseparablemente unidas a los procesos históricos generales y no pueden entenderse fuera de estos.

EL PROBLEMA DE MERCADER

Poco a poco, paso a paso, en la mejor tradición de una historia de detectives, Iván logra reconstruir toda la historia del asesinato de Lev Davidovich Trotski, una reconstrucción basada en una gran cantidad de investigación histórica cuidadosa y muy cercana a los hechos históricos. El «hombre que amaba a los perros» aparece inicialmente reacio a revelar nada acerca de su pasado, pero poco a poco, pieza por pieza, el rompecabezas encaja. La habilidad con la que Padura construye gradualmente una imagen de Mercader es uno de los elementos más impresionantes de la novela.

A través de las personalidades de Trotski y su asesino, Ramón Mercader, Padura traza la historia de algunos de los acontecimientos más importantes del siglo XX. Sin embargo, debemos recordar que no estamos tratando aquí de una obra de historia, sino una novela. Como hemos visto, es una novela con muchos hilos y niveles diferentes. Padura hace todo lo posible para reconstruir la vida de Ramón Mercader. Pero aquí hay un problema.

En una entrevista en el periódico argentino Clarín (8 de mayo 2013) Padura dijo:

«Me llevó cinco años escribirlo, con una búsqueda documental intensa y extensa. De Trotski había abundante información, de Mercader casi nada».²

Sin embargo, combinando los hechos que eran conocidos, y haciendo uso de sus habilidades «detectivescas» e imaginación, Padura logra elaborar con brillantez un

retrato muy convincente del hombre que asesinó a Trotski.

Es de conocimiento común que un autor desarrolla inevitablemente una cierta simpatía por el personaje que describe. La razón de tal empatía no es difícil de entender. Con el fin de retratar a los hombres y a las mujeres como seres humanos reales, y no simples abstracciones vacías, es necesario tener un profundo conocimiento de sus corazones y sus mentes, para entender sus motivaciones, sus pasiones, sus creencias más queridas, y para descubrir los impulsos primarios de sus acciones.

Trotski cita a menudo las palabras del filósofo Spinoza: «Ni llorar ni reír, sino comprender». Por supuesto que entender las acciones de una persona no significa necesariamente condonarlas. Sin embargo, al abordar las acciones de los hombres y las mujeres científicamente, con la misma objetividad que un anatomista separa los diferentes tejidos de un organismo, por lo menos es posible evitar caer en juicios apresurados basados en rencor, malicia u odio mezquinos.

Con un desapego clínico, Padura reconstruye la vida de Mercader desde su infancia trastornada en una familia burguesa en Cataluña. Describe la influencia de su inestable madre, Caridad, que oscila desde el anarquismo al estalinismo y se vuelve fanáticamente devota al Partido. Ramón entra en el Partido Comunista, combate en la Guerra Civil española, y aquí es reclutado por la GPU —la policía secreta y la máquina de asesinato de Stalin—, con el apoyo activo de su madre.

En un momento dado, Caridad insinúa de manera indirecta de que el famoso revolucionario anarquista Durruti fue asesinado por los estalinistas, un acto que considera plenamente justificado:

—¿Cuento? Vamos a ver... ¿Te creíste el cuento de que a Buenaventura Durruti lo mató una bala perdida? Ramón miró a su madre y sintió que no podía pronunciar palabra.

—¿Tú crees que podemos ganar la guerra con un comandante anarquista que tiene más prestigio que todos los jefes comunistas?

—Durruti luchaba por la República —trató de razonar Ramón.

—Durruti era un anarquista, lo habría sido toda su vida.³

DENTRO DE LA MÁQUINA ASESINA

Más tarde Ramón es testigo de los crímenes de la GPU en España: la persecución de los anarquistas y de los simpatizantes del POUM, el secuestro, la tortura y el asesinato del líder del POUM, Andrés Nin. Finalmente, es enviado a Moscú para su formación como asesino para la GPU. Los métodos monstruosos de la GPU se describen en horrible detalle, la forma en que gente como Mercader

«¡Viva la estirpe de héroes estajanovistas de Stalin!», 1935

Al lado, arriba: Agentes de policía mostrando el piolet utilizado por Mercader

Al lado, abajo: Mercader siendo detenido tras el asesinato



fueron sistemáticamente brutalizados y convertidos en máquinas obedientes, dispuestos a llevar a cabo los actos más crueles e inhumanos.

Mientras que se encontraba en Moscú fue invitado a asistir a una sesión de las infames purgas, «las más grotescas farasas judiciales del siglo», en las que Stalin asesinó a todos los dirigentes del partido de Lenin, después de obligarles a confesar los crímenes más grotescos contra el Revolución. También vio que Stalin estaba liquidando físicamente comunistas extranjeros:

«Por ejemplo, en febrero de 1937, Stalin había dicho a su peón Georgui Dimitrov, secretario general del Komintern, que los comunistas extranjeros acogidos en Moscú «estaban haciéndole el juego al enemigo» y de inmediato encargó a Yezhov que resolviese el problema. Un año después, de los trescientos noventa y cuatro miembros del Comité Ejecutivo de la Internacional que vivían en la URSS, solo quedaban vivos ciento setenta: los demás habían sido fusilados o enviados a los campos de la muerte. Hubo entre ellos alemanes, austriacos, y ugoslavos, italianos, búlgaros, finlandeses, bálticos, ingleses, franceses y polacos, mientras la proporción de judíos condenados volvió a ser notable. En esa cacería, Stalin había liquidado a más dirigentes del PC alemán de antes de 1933 que el mismo Hitler.»⁴

A pesar de todo, Ramón sigue siendo ciegamente leal a Stalin y su régimen, que él identifica con la necesidad de defender a la Unión Soviética. Al igual que muchos otros, cerró los ojos a todos los crímenes y barbaridades, buscando mil razones, excusas y explicaciones. Superando todos sus instintos humanos, se convierte en un asesino a sueldo y acepta sin cuestionar la misión que le había confiado el jefe del Kremlin: la liquidación del «contrarrevolucionario» Trotsky.

EL ASESINATO

El centro neurálgico del libro consiste de un relato histórico veraz del asesinato de León Trotsky. En 1937, Stalin decidió que su principal oponente tenía que ser liquidado. Los Juicios de Moscú tenían como objetivo establecer una base política y jurídica para este crimen. El jardín de la casa en Coyoacán estaba rodeado por muros de más de dos metros de alto y torres de vigilancia con hendiduras para las ametralladoras. Pero todo esto no fue una defensa contra la máquina de la muerte de Stalin.

El nieto de León Trotsky, mi viejo amigo Esteban Volkov, todavía vive en Coyoacán⁵. Estuvimos juntos no hace mucho tiempo en la Ciudad de México, en la casa donde su abuelo fue asesinado y le pregunté qué pensaba de la novela de Padura.

«Por supuesto, los hechos descritos en su libro son muy conocidos para mí», respondió. «He leído el libro, pero con bastante rapidez, y mi impresión es favorable. Pero tengo que volver a leerlo otra vez con más detenimiento».

El primer ataque ocurrió el 24 de mayo de 1940, cuando un grupo de 20 estalinistas armados, dirigidos por el artista David Siqueiros, irrumpieron en la casa por la noche; la puerta había sido dejada abierta por el joven estadounidense Bob Sheldon, un agente que se había infiltrado entre los guardianes. Lanzaron granadas y salpicaron los dormitorios con balas de ametralladora. De puro milagro, Trotsky y su esposa Natalia sobrevivieron acurrucándose debajo de su cama. Su nieto de 14 años, Esteban, resultó levemente herido en el pie por una bala perdida.

La única víctima de este ataque fue Bob Sheldon, que desapareció junto con los asaltantes. Su cuerpo fue encontrado más tarde. Trotsky creía que había sido secuestrado, pero en realidad él había sido parte del plan y fue probablemente asesinado como chivo expiatorio del fracaso. Después del ataque, los guardianes comenzaron a reforzar los muros perimetrales. Pero Trotsky era escéptico. «La próxima vez será diferente», predijo. Pronto iba a tener razón.

La GPU tenía otro equipo trabajando en México, completamente separado del que organizó el asalto fallido en mayo. Justo como Trotsky había advertido, estaban trabajando con métodos completamente diferentes. Su hombre clave era Ramón Mercader, que muy hábilmente infiltró el grupo de amistades mexicanas de Trotsky,



haciéndose pasar por un hombre de negocios no-político llamado Jacson.

Jacson-Mercader trabajó lenta y pacientemente para cultivar relaciones de amistad con los guardianes y amigos más cercanos a Trotsky. Estaban recuerda que siempre estaba haciendo pequeños favores y ofreciéndose a llevar a la gente en su ostentoso coche. «Incluso llevó a los Rosmer a Veracruz en una ocasión». Por estos medios fue ganándose poco a poco la confianza de los que rodeaban a Trotsky, al tiempo que se abstuvo cuidadosamente de tratar de acercarse a su víctima personalmente.

El libro nos presenta una reconstrucción muy convincente de las relaciones de Mercader con Sylvia Ageloff, la mujer que sedujo y que le presentó el entorno de Trotsky. Padura parece penetrar en la mente del asesino y poner al desnudo su estado psicológico en los días y semanas que precedieron al asesinato, su intensa agitación interior y violentos cambios de humor. Pero poco a poco, de manera imperceptible, como un tigre acechando a su presa en silencio, se acercaba cada vez más a su objetivo.

Aparentando desarrollar un interés en las ideas de Trotsky, mostró inesperadamente un artículo sobre la guerra, y le pidió a Trotsky que lo leyera y corrigiera. Ya a este punto, se habían levantado las sospechas de Trotsky hacia este hombre. Sin embargo, sorprendentemente, aquellos que se supone que tenían que defenderle, mostraron una falta total de conciencia del peligro. Tan descuidados estaban de

sus deberes que cuando Jacson apareció vistiendo un impermeable en un día caluroso de verano mexicano, ni siquiera se molestaron en cachearle. Si hubieran tomado esta precaución elemental habrían descubierto un cuchillo, una pistola y un piolet y la trama se habría frustrado.

Así que, el 20 de agosto, el agente de Stalin se quedó solo en compañía de su víctima. Colocándose cuidadosamente detrás de Trotsky, cuando se inclinó sobre el texto del artículo, golpeó la cabeza del revolucionario con todas sus fuerzas. El golpe estaba pensado para resultar en la muerte instantánea, pero, profiriendo un grito que dio la alarma, Trotsky luchó, en un último esfuerzo supremo de voluntad, para desprenderse de su agresor antes de derrumbarse.

Sus guardaespaldas acudieron rápidamente, pero era demasiado tarde. El líder de la Revolución de Octubre y fundador del Ejército Rojo yacía mortalmente herido, desangrándose por la cabeza. Demasiado tarde los guardias se dieron cuenta de su error, su estúpido descuido y negligencia increíble. Demasiado tarde trataron de obtener algo de alivio golpeando al asesino. Incluso en este momento, el Viejo mostró una notable presencia de ánimo cuando instó a los guardias: «No le matéis. ¡Tiene que hablar!»

Al regresar de la escuela esa tarde, Esteban fue testigo de una escena impactante. «Vi a un hombre, con el rostro cubierto de sangre, llorando como un bebé, incoherente y fuera de sí. No reconocí a Jacson al principio. Era más como un animal

«Somos criaturas frágiles y nuestras vidas se pueden terminar con una bala, un cuchillo o un piolet con la misma facilidad que se apaga una vela. Pero no se puede extinguir una idea a la que le ha llegado su hora.»»

que un ser humano», me dijo. Cuando el Viejo vio a su nieto, ordenó a los guardianes que se lo llevaran fuera: «No tiene que ver esto», dijo. Trotsky fue trasladado de urgencia al hospital, donde los médicos mexicanos lucharon para salvarle la vida. Murió al día siguiente.

LA VENGANZA DE LA HISTORIA

Más de veinte años después, Mercader se reúne con uno de sus compañeros agentes de la GPU, Leonid Eitingon, quien, bajo el nombre en clave de Kotov, era su superior inmediato en el complot para asesinar a Trotsky. Pero la rueda de la historia ha dado un giro completo. La camarilla del Kremlin se ha visto obligada, por su propio instinto de conservación, a deshacerse de Stalin y desvincularse de sus crímenes.

Los hombres que hicieron el trabajo sucio para Stalin se encuentran ahora como parias despreciados. El artífice principal del asesinato de Trotsky, Pavel Sudoplatov, pasa quince años en un campo de trabajos forzados (aunque no por matar a Trotsky). Eitingon también fue enviado a un campo. Viejo y amargado, se consuela a sí mismo sumergiéndose en vodka mientras se compadece de Mercader en un bar de Moscú.

Eso fue en 1968, el año en que Brezhnev envió tanques rusos para aplastar la disidencia del Partido checo bajo Dubcek. La descripción gráfica de Padura de Moscú de ese tiempo corresponde muy de cerca con mis propios recuerdos. Después de

La oficina de Trotsky en México, que se ha conservado en la Casa Museo León Trotsky

Al lado: Miles de personas acuden a la procesión fúnebre de Trotsky en la Ciudad de México, el 22 de agosto de 1940





haber dedicado sus vidas a un régimen que traicionó a todos los principios del socialismo —una traición infinitamente peor y más perjudicial que la perpetrada por los dirigentes de la socialdemocracia en el verano de 1914—, ahora sólo tienen recuerdos amargos.

Eitingon informa a Mercader que nunca esperaban que sobreviviera el asesinato de Trotsky:

«—Tienes que creer lo que te digo, fuimos más cínicos de lo que te imaginas. Tú no fuiste el único que fue a morir por un ideal que no existía. Stalin lo pervertió todo y obligó a la gente a luchar y a morir por él, por sus necesidades, su odio, su megalomanía. Olvídate de que luchábamos por el socialismo. ¿Qué socialismo, qué igualdad? Me contaron que Brézhnev tiene una colección de autos antiguos...»

Estas líneas sugieren que la degeneración de la Revolución rusa era la obra de un hombre malvado. Por supuesto que tal explicación no explica nada. Padura ha leído *La revolución traicionada* de Trotsky y es muy consciente de que Stalin era sólo el representante de una casta privilegiada de funcionarios, la burocracia que llegó al poder como resultado del aislamiento de la revolución en condiciones de extremo atraso.

La muerte de Stalin no significó el fin del dominio de la burocracia, sólo la

sustitución de una capa de la burocracia por otra. Eitingon (o más bien Padura) saca esta conclusión: «Estaba convencido de que, sin Stalin y su odio, el Partido haría justicia y la lucha recobraría su sentido... Nada, me equivoqué otra vez. Ya todo estaba podrido. ¿Desde cuándo estaba podrido?» Y Mercader le pregunta: «—¿Y qué hace un hombre como tú cuando ya no cree en nada?»

Esta pregunta va directa al meollo del asunto y tiene una relación directa con lo que es, sin duda, la parte más débil del libro. En las últimas páginas, bajo el título de Réquiem, el autor reflexiona brevemente sobre qué lecciones se pueden extraer de todo esto. Al ser una novela y no una obra de análisis político científico, sería pedir demasiado exigir una perspectiva marxista. Tampoco está claro quién está hablando aquí: Padura o uno de sus personajes.

Sin embargo, al final, la implicación es que todo era una utopía, un sueño imposible, a los que Trotsky, «con su fanatismo de obcecado», se dedicó hasta el final. Tal ambigüedad y, uno podría decir, cobarde conclusión es indigna de un gran libro. Si el socialismo es una utopía, la perspectiva para la humanidad sería ciertamente sombría. Sólo se puede responder con la misma pregunta: «Así, pues, ¿qué hace un hombre cuando ya no cree en nada?»

La Revolución Rusa de 1917 no fue una utopía, sino el acontecimiento más grande en la historia humana y, junto con Lenin, Trotsky fue el más importante dirigente de la Revolución de Octubre. Él solo mantuvo la bandera impecable de la democracia proletaria y el internacionalismo socialista tras la muerte de Lenin. Desde el exilio lejano en México, llevó a cabo una lucha implacable contra el régimen estalinista burocrático y totalitario. Finalmente, inevitablemente, fue víctima de uno de los asesinos de Stalin.

El 20 de agosto de 1940, Stalin se imaginaba que había silenciado la voz de Trotsky para siempre. Es tan fácil destruir a un hombre o a una mujer. Somos criaturas frágiles y nuestras vidas se pueden terminar con una bala, un cuchillo o un piolet con la misma facilidad que se apaga una vela. Pero no se puede extinguir una idea a la que le ha llegado su hora. Hoy, 74 años después de aquella fatídica fecha, las ideas del marxismo son tan relevantes como el primer día, y la voz de León Trotsky resuena en todo el mundo, mientras que la memoria de Stalin y sus secuaces está salpicada de sangre e infamia.

LA REVOLUCIÓN TRAICIONADA

Poco a poco, una nueva generación está tomando forma, la cual lucha por encontrar la verdad. En ningún sitio es más cierto que en Cuba, donde se hicieron tan



Autor Leonardo Padura (Jorge Mejía Peralta)

Derecha: Protesta del Maleconazo en La Habana, 5 de agosto de 1994 (LHCU)

Arriba, a la derecha: Trotsky en su estudio examinando las pruebas de su libro sobre Stalin, en el que estaba trabajando antes de su asesinato (David King)

Abajo, a la derecha: La tumba de Trotsky, en su casa de Ciudad de México (Lazjak)

grandes sacrificios por la causa de la revolución socialista, y donde tanto daño se hizo por la influencia del estalinismo. El libro de Padura ayudará, sin duda, a muchas personas a entender el pasado y, por tanto, a prepararlos para enfrentarse al futuro. Es como un viaje de descubrimiento donde un intelecto audaz ha logrado levantar el velo espeso que durante tanto tiempo ocultó la opinión de mucha gente, y comenzó a entender la verdad.

En la entrevista de Clarín a Padura se le preguntó por qué eligió contar esta historia. Respondió que, mientras que puede haber un elemento de nostalgia, él también estaba tratando de descubrir las verdaderas causas de la degeneración de la Revolución Rusa. Al estudiar el asesinato de Trotsky, empezó a comprender la naturaleza del estalinismo y su papel contrarrevolucionario: «De pronto entendí algunas de las razones por las que se pervirtió la utopía. El papel del estalinismo, la herencia de su figura, fue algo terrible», nos dice.

La novela trata en líneas generales de la lucha que terminó en el ascenso al poder de Stalin en Rusia. Pero, más que eso, el autor utiliza estos eventos como una forma de analizar la relación entre Cuba y el estalinismo. La implicación clara es que en Cuba había muchos pequeños Stalins –burócratas oportunistas, carreteristas egoístas y funcionarios corruptos–. Al analizar en detalle la experiencia



« Iván no es un hombre; Iván es la síntesis de toda una generación, en la que he puesto muchas de las ilusiones, desilusiones, fracasos y temores de mi generación. »

— Leonardo Padura

personal de un puñado de personajes, Padura despliega poco a poco ante el lector una serie de acontecimientos que hacen época: la Revolución rusa y la Guerra Civil, durante la cual Trotsky estuvo a la cabeza del Ejército Rojo que él creó; la Guerra Civil española; y, por último pero no menos importante, el destino de la propia Revolución cubana.

La década de 1970 es ese período gris en que reinó el estalinismo y las ardientes convicciones revolucionarias de toda una generación de jóvenes cubanos fueron manipuladas por la burocracia estalinista para sus propios fines. Esto se expresa gráficamente en el libro y en el destino de su personaje central. La caída de la Unión Soviética hundió a Cuba en una profunda crisis, no sólo en el plano económico, sino en un sentido político y psicológico.

Durante los años duros y hambrientos que los cubanos llaman «el Período Especial», «los años de los apagones sin fin y los desayunos a base de tisanas de hojas de naranja», mucha gente comenzó a mirar más críticamente a la vida en la isla. Ese fue claramente el caso de Leonardo Padura. Aunque Iván es un personaje de ficción, a través de él Padura está expresando claramente su propia experiencia personal y la de muchos otros cubanos. Esto queda patente en el libro:

«Pero era evidente que estábamos hundidos en el fondo de una atrofiada escala social donde inteligencia, conciencia, conocimiento y capacidad de trabajo cedían el paso ante la habilidad, la cercanía al dólar, la ubicación política, el ser hijo, sobrino o primo de Alguien, el arte de resolver, inventar, medrar, escapar, fingir, robar todo

lo que fuese robable. Y del cinismo, el cabrón cinismo».

Obligado a abandonar su carrera como escritor prometedor por los censores estalinistas, Iván ha sido obligado a ganarse la vida como editor de una revista de veterinaria. Él es, pues, una víctima de un sistema totalitario burocrático que es la negación del arte y la literatura. Al final, Iván se suicida poco después de terminar una novela titulada *El hombre que amaba a los perros*.

En una entrevista que dio Padura a nuestros camaradas daneses, dice:

«Iván no es un hombre; Iván es la síntesis de toda una generación, en la que he puesto muchas de las ilusiones, desilusiones, fracasos y temores de mi generación. Es un hombre que representa a todos los problemas que hemos vivido en Cuba en mi generación, esa generación que se crió en la revolución, estudió en la revolución, fue a la guerra en la revolución y que en los años 90 descubrió que no tenía nada en sus manos».

El hecho de que Iván finalmente se suicide parece dar a entender que toda una generación ha perdido toda esperanza. Sin embargo, esta conclusión pesimista se contradice con el contenido de toda la novela, y también con las palabras del propio Padura en la entrevista antes mencionada:

«Creo que la nueva utopía necesita redescubrir la base del sistema con los componentes reales que este tipo de sociedad necesita: la democracia verdadera, el poder real para la gente que trabaja y no para la burocracia, como fue el caso en la Unión Soviética y en muchos países socialistas. Por esta

razón, creo que este libro sin duda es relevante para el momento que estamos viviendo».

Aunque hoy en día Cuba ya no sufre del dominio sofocante de la censura, todavía hay algunos en Cuba que anhelan un retorno al pasado: a una época en que los burócratas podían dictar a la conciencia de los escritores y decirles qué pensar, decir y escribir. De hecho, *El hombre que amaba a los perros* inicialmente tuvo que ser publicado en México y España, y fue finalmente publicado en Cuba en una pequeña edición de unos pocos miles debido a la oposición de aquellos que quieren hacer retroceder el reloj.

En la entrevista danesa Padura explica cómo el libro ganó un premio a pesar de estar sometido a una conspiración de silencio:

«Curiosamente, el mismo día del lanzamiento en la Feria del Libro no apareció ninguna noticia en los medios de comunicación sobre la presentación. También después, los periódicos se mantuvieron en silencio, aunque el lanzamiento del libro fue el mitin más interesante en la feria del libro, la sala estaba completamente llena y con gente fuera intentando entrar. Hace una semana, el libro recibió uno de los Premios de la Crítica Literaria en Cuba, que pone de manifiesto las contradicciones de Cuba: hace veinte años, tal vez ni siquiera hubiera sido capaz de pensar en escribir este libro; hace diez años lo podía escribir, pero no hubiera sido publicado en Cuba; ahora puede ser publicado y, aunque está silenciado en los medios de comunicación, puede ganar premios».

La publicación de la novela de Padura es un golpe contra el estalinismo. Es una victoria no sólo para la libertad artística, sino para el derecho de los trabajadores y artistas a expresarse libremente, lo cual es la primera condición para el verdadero socialismo. Sin embargo, hoy la revolución cubana se enfrenta a un enemigo mucho más peligroso que el que suponen los estalinistas nostálgicos. La existencia de la propia revolución se ve amenazada por aquellos que desean empujar a Cuba por el mismo camino capitalista que ya ha sido recorrido por Rusia y China. Las presiones sobre la isla son insoportables y están creciendo todo el tiempo.

Pero también hay peligros internos que son incluso mayores que las amenazas externas. Los problemas que surgen de la burocracia, la desigualdad y la corrupción pueden socavar la idea misma del socialismo en las mentes de los jóvenes, engendrando estados de ánimo corrosivos de escepticismo y cinismo. Con el fin de regenerar la revolución, para reavivar la fe del pueblo en el socialismo, la primera necesidad es reexaminar el pasado, para



redescubrir las verdaderas ideas y programa de Lenin y la Revolución de Octubre. Eso no se puede hacer en tanto en cuanto las ideas y el papel de Trotsky no sean tenidos en cuenta.

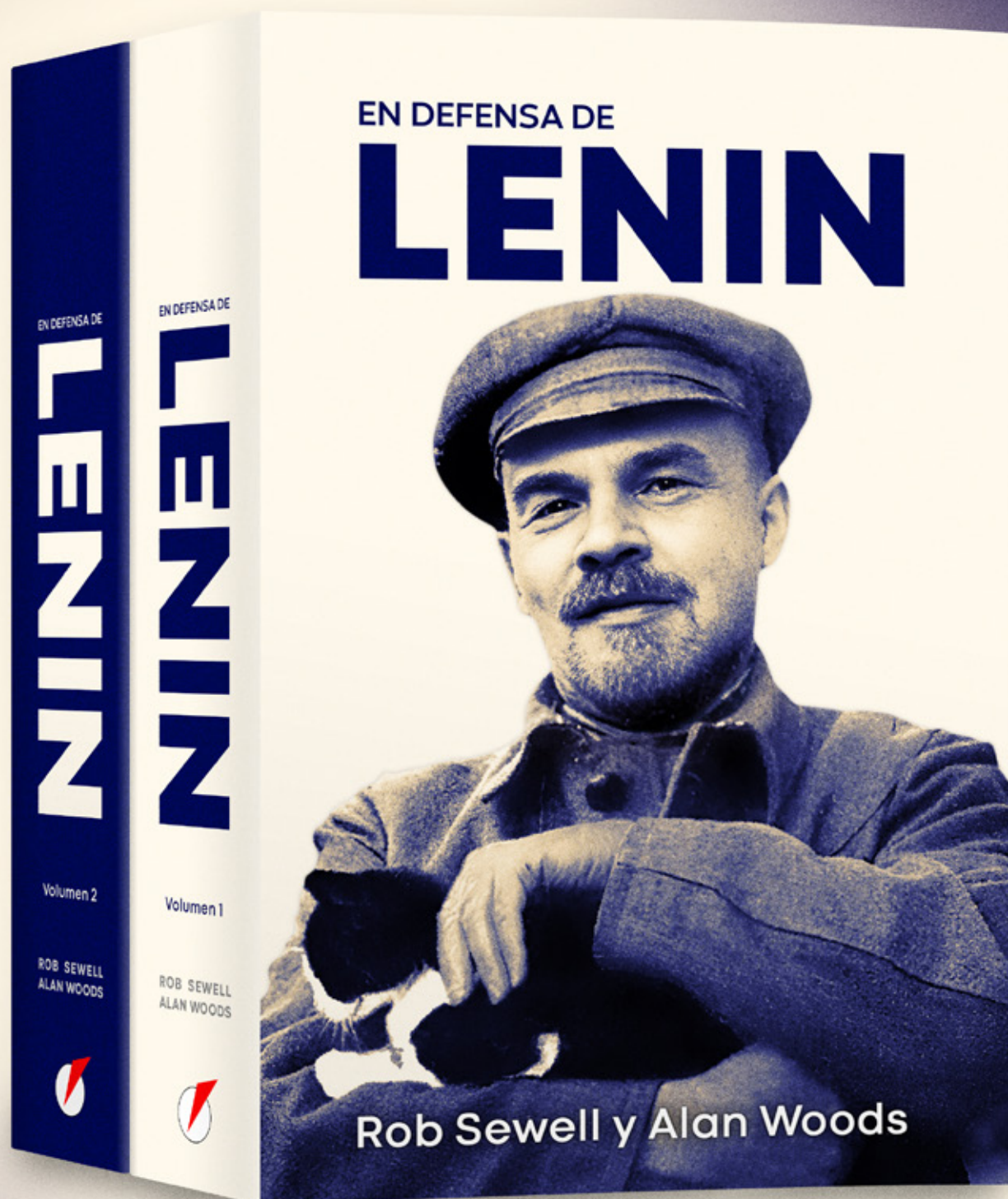
En su libro Padura tiene a Mercader leyendo *La revolución traicionada* en la cárcel. Esto, sin duda, es otro ejemplo de la imaginación creativa del autor. Pero, igualmente, no puede haber ninguna duda de que él mismo ha leído los escritos de Trotsky y está animando a los cubanos a hacer lo mismo. *El hombre que amaba a los perros* ha desempeñado un papel muy importante en dar a conocer las ideas de Trotsky a muchos en Cuba. Mi experiencia en los últimos años me ha demostrado que hay un creciente interés en estas ideas en la isla. Esto se demostró cuando lanzamos la edición en español de *La revolución*

traicionada en la Feria Internacional del Libro de La Habana.

La publicación de esta obra ha elevado el perfil y el prestigio de Padura como un escritor de talla, no sólo en Cuba sino a nivel internacional. Está bien merecido. Es a la vez una novela brillantemente realizada y una impresionante obra de investigación histórica. Debería ser lectura obligatoria para todos aquellos que estén interesados en el socialismo y la verdad histórica. Debería añadir que la traducción al inglés es excepcional. ■

Referencias en línea
americasocialista.org/amsoc41
o escanea el código QR





¡NUEVO TÍTULO YA DISPONIBLE!



**CENTRO DE ESTUDIOS
SOCIALISTAS
CARLOS MARX**

